

679535000001 CES XIX  
**LA SIRENA.** 91-7

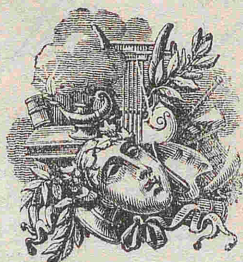
ZARZUELA EN TRES ACTOS, ARREGLADA DEL FRANCES,

POR

D. LUIS DE MONTES.

Música de **D. ANTONIO ROVIRA.**

Estrenada con gran éxito en el teatro del Circo  
el 21 de julio de 1858.



MADRID.

IMPRESA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.  
1858.

# LA SIRENA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, HISTORIA Y CRÍTICA.

1858

D. LUIS DE MONTES.

IMPRESA DE D. ANTONIO GARCÍA.

Estimada con gran éxito en el teatro del Circo  
el 21 de julio de 1858.



1858

IMPRESA DE D. ANTONIO GARCÍA.

1858

Esta obra es propiedad del AUTOR, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

*A D. Manuel Franco*

*Luis de Montez.*

## PERSONAGES.

## ACTORES.

ZERLINA, <i>hermana de Genaro</i> . . . . .	DOÑA ELISA VILLÓ.
BEATRIZ, <i>criada</i> . . . . .	DOÑA LAURA GARCIA.
GENARO, <i>aventurero</i> . . . . .	DON TIRSO DE OBREGON.
ESCIPION, <i>oficial de marina</i> . . . . .	DON MANUEL SANZ.
BOLBAYA, <i>Director de los teatros de la corte</i> . . . . .	DON MARIANO FERNANDEZ.
EL DUQUE DE POPOLI . . . . .	DON JOSÉ OLAVE.
PECCHION, <i>compañero de Genaro</i> . . . . .	DON MANUEL FRANCO.

La escena pasa en las montañas de los Abruzos.

# ACTO PRIMERO

El teatro representa el interior de la casa del cura en la aldea de Castel di Sagro: en el fondo dos ventanas y una puerta: otras dos laterales. A la derecha, en primer término, una mesa con recado de escribir, sillas etc. etc.

## ESCENA PRIMERA.

### INTRODUCCION.

BEATRIZ. —BOLBAYA. —ESCIPION. —CORO DE ALDEANOS.

*(Oyese ruido de lluvia y de tormenta; suenan golpes repetidos en la puerta de la derecha; á poco sale Beatriz por la de la izquierda.)*

BEATRIZ. Quién llama así á la puerta?

COROS. *(Dentro.)*

Abrid, señora; abrid.

*(Abre Beatriz, y entran todos sacudiendo las capas y los sombreros.)*

CORO.

Qué caminos tan fatales!  
qué senderos infernales!  
Con la lluvia y con el viento  
no se puede transitar.  
En el monte estraviado  
*(Señalando á Bolbaya.)*  
al señor hemos hallado.

arrecido, medio muerto,  
sin poder casi marchar.

BEATRIZ. Mas qué miro! no me engaño:  
es mi amo! Bien venido!

CORO. Vuestro amo?

BOLBAYA. Que rendido  
en su casa llega á entrar.

CORO. Vuestra casa?

BEATRIZ. Sí; su casa.

CORO. Antes era de un anciano.

BOLBAYA. Escuchadme, que el arcano  
voy al punto á descifrar.

CORO. Escuchemos.

BEATRIZ. Escuchad!

### ARIA.

BOLBAYA. En esta aldea crecieron  
unidos dos hermanos:  
el uno dió en lo místico;  
el otro en lo profano.  
Gaspar quiso ser cura,  
Melchor maestro de canto;  
aquel llegó á presbitero  
aqui, en Castel di Sagro;  
mas yo marchéme á Nápoles  
de músico á un teatro,  
del cual rápidamente  
llegué á ser director.

CORO. Muy pronto conseguisteis  
tan alta posicion.

BEATRIZ. No interrumpais, señores,  
tan grata narracion.

BOLBAYA. Yo tocaba, amigos mios,  
con muchísimo primor,  
el violin, el violoncello,  
y la viola y el violon.

CORO. El violin y el violoncello!

BOLBAYA. Y la viola y el violon.  
En mis labios resonaban,  
con acento seductor  
el obóe, y el clarinete,  
y la flauta y el fagot.

CORO. El obóe y el clarinete!

BOLBAYA. Y la flauta y el fagot.

Todo el mundo se estasiaba  
si tocaba el serpentón,  
ó la trompa, ó los timbales,  
ó el chinesco, ó el tambor.

CORO. El chinesco y los timbales!

BOLBAYA. Y la trompa ó el tambor.

CORO. Un tesoro de armonía,  
gran maestro, existe en vos.

BOLBAYA. Ya mi rey lo reconoce,

pues por él soy director  
de la ópera, en San Carlos,  
de la cual soy el timón.

CORO. Viva, viva el gran maestro,

pues se ve ya director  
de la ópera en San Carlos,  
de la cual es el timón.

ESCIPION. Brabo, maestro: pero con la enumeracion de vuestros triunfos no nos habeis contestado todavía, cómo es vuestra esta casa.

BOLBAYA. Es verdad. Mi hermano Gaspar murió de cura de esta aldea; y como yo soy su único heredero, su casa y todo lo que hay en ella me pertenece: ¿no es así, Beatriz?

BEATRIZ. Sí señor.

BOLBAYA. Vamos; mueve pronto los talones, y saca de beber á esta buena gente.

BEATRIZ. Voy al punto.

UNO DEL CORO. Gracias, señor maestro: parece que la tormenta ha disminuido, y aprovechamos la ocasion para retirarnos (*Cojen las capas y se van.*)

BOLBAYA. Id con dios.

## ESCENA II.

BEATRIZ.—ESCIPION.—BOLBAYA.

BOLBAYA. (*A Escipion.*) Vamos, amigo mio; aqui podeis quedaros; pues esta casa es muy vuestra.

ESCIPIÓN. Lo agradezco. Y ¿qué os ha traído por estas montañas, señor maestro?

BOLBAYA. Pasaba por aquí con dirección á Nápoles, buscando una prima donna para completar mi compañía.

BEATRIZ. Viajábais solo?

BOLBAYA. Quizá haga mal en ello; porque, si es cierto lo que cuentan de la partida de bandidos capitaneados por el infernal Marco-Tempesta...

ESCIPIÓN. Bandidos!... no lo creáis; son contrabandistas, y su jefe no hace mal á nadie cuando se le deja desembarcar y vender sus géneros.

BOLBAYA. Y cuando se lo impiden?

ESCIPIÓN. Entonces anda á tiros con los aduaneros y los soldados de marina.

BOLBAYA. Eso es otra cosa: y decidme, ¿vais también á Nápoles?

ESCIPIÓN. Sí, y tengo mucha prisa de llegar.

BOLBAYA. Ya: os esperará tal vez alguna linda napolitana...

ESCIPIÓN. Es posible, pues hace ya mas de un año que salí de aquella ciudad. Puesto que la tormenta ha cesado, si me lo permitís, me marchó.

BOLBAYA. (*Deteniéndole.*) De ningún modo: ¿no oís llover otra vez? Esperad que escampe, y nos iremos juntos; entretanto examinaré los documentos de la herencia.

ESCIPIÓN. Ya comprendo la causa de haberos detenido en este pueblo.

BOLBAYA. No es esa la única; hay otra mas importante. En la posada que hay al pie de los Abruzos, oí anoche hablar de una voz melodiosa, que, de algun tiempo á esta parte, se hace oír en diversos puntos de la montaña.

ESCIPIÓN. De veras?

BOLBAYA. Dicen que es una voz tan hermosa, que cuantos la oyen se dirigen involuntariamente hacia donde resuena, con riesgo de despeñarse en los precipicios que hay en el camino.

ESCIPIÓN. Es extraordinario lo que decís.

BOLBAYA. Añaden que en las inmediaciones de este presbiterio es donde con mas frecuencia se la suele oír. Como estoy buscando, según os he dicho,

una buena voz para mi compañía, me he decidido á averiguar por mí mismo si la de la Sirena, segun la llaman, es tan magnífica como me la ponderan.

ESCIPIÓN. Cosa mas singular! Anoche mismo, en la aldea inmediata, oí yo tambien hablar de esa Sirena, de la que me contaron...

BOLBAYA. (*Con curiosidad.*) Qué os contaron? (*Se oye ruido fuera y comienza el prelude.*)

BEATRIZ. Ay, dios mio!

BOLBAYA. Calla!—Continuad, amigo mio, decid lo que os contaron de la Sirena.

ESCIPIÓN. Escuchad.

En noche silenciosa  
resuena en la montaña,  
lejana y misteriosa,  
dulcísima una voz.  
Si aproximarse ansía  
incauto el que la escucha,  
caer quizá podria  
en precipicio atroz.

(*Oyese á lo lejos y fuera una voz vocalizando.*)

Voz. Ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPIÓN. La jóven seductora  
de voz encantadora,  
si alguno la persigue  
la muerte encuentra allí.

(*Vuelve á oirse la voz mas cerca.*)

Voz. Ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPIÓN. Su voz es la que suena;  
se acerca la Sirena.

BOLBAYA. La voz que me enagena  
parece de una huri.

ESCIPIÓN. La voz que me enagena  
resuena grata aqui.

(*Señala al corazon.*)

(*Vuelve á oirse mas cerca la voz.*)

Ah! ah! ah! ah! ah! ah!

(*Se oyen golpes en lapuerta derecha y Beatrizva á abrir.*)

BOLBAYA. Qué vas á hacer? estáte quieta: no abras!

ESCIPIÓN. Y por qué no ha de abrir?

### ESCENA III.

*Dichos.*—GENARO.

BOLBAYA. (*A Beatriz.*) No abras, te repito. (*Viendo entrar á Genaro.*) Quién es ese hombre?

GENARO. Un viajero que cuando llueve, prefiere estar á cubierto á recibir el turbion.

BOLBAYA. Es que mi casa no es ninguna posada ni hospedería.

GENARO. Ya sé que esta es la casa donde el señor cura acoge á todo el que llega.

BOLBAYA. El señor cura podría acoger á cuanto vagabundo le diera la gana; pero yo quiero conocer á los que recibo, porque esta casa me pertenece, como su hermano y heredero.

GENARO. Ah! sois vos el heredero?

BOLBAYA. Muchito que lo soy: y qué tenemos? Para qué me mirais con tanto descaro? Hay en mí algo de extraordinario?

GENARO. No, sino ordinario y muy ordinario: sois el señor Melchor Bolbaya...

BOLBAYA. Calla! me conoce!

GENARO. Maestro de canto.

BOLBAYA. Es cierto.

GENARO. Director del teatro de San Carlos.

BOLBAYA. (*Con orgullo.*) Cabal.

GENARO. Con una fortuna inmensa.

BOLBAYA. (*Idem.*) Pechts...

GENARO. Y un alma pequeñísima.

BOLBAYA. Poco á poco, señor mio: qué es eso de pequeñísima?

GENARO. Lo digo porque siendo tan rico, habeis venido á recoger la modesta herencia del buen cura, en lugar de dejarla á la escelente señora Beatriz, su ama de gobierno.

BEATRIZ. También me conoce!

BOLBAYA. Muchas gracias por el consejo, que ni os he pedido, ni lo necesito. Y puesto que cada uno es

rey en su casa, yo, que estoy en la mia, os intimo que tomeis la puerta.

GENARO. (*Sentándose y sacando una pipa que carga y enciende.*) Sí? pues entonces tomo una silla.

BOLBAYA. Insolente! (*A Beatriz.*) Anda inmediatamente y llama al Podestà.

BEATRIZ. Estais en vos?

BOLBAYA. (*A Escipion.*) Y vos, mi compañero y mi huésped, cómo permitis que se me trate así?

ESCIPION. Tranquilizaos.

BOLBAYA. Con que es decir que yo no mando en mi casa? Con que es decir que cualquiera puede insultarme en ella, sin que tenga el derecho de plantarlo en la calle? Es mi casa alguna heredad abierta, alguna plaza pública para que esté en ella todo el que le dé la gana? Vamos, prontito, á la calle.

ESCIPION. Pero no veis que está diluviando?

BOLBAYA. Y qué tengo que ver con la lluvia? He mandado yo llover?

ESCIPION. Seguramente que no: pero si hubiérais estado como yo noches enteras al aire libre, muriéndome de frio y de hambre, conoceriais que no debe rehusarse jamás un asilo al pobre viajero. (*Genaro se levanta, estrecha la mano de Escipion, y vuelve á sentarse y á fumar.*) Creedme, maestro, concededle voluntariamente la hospitalidad, que, segun veis, está resuelto á tomar á todo trance.

BOLBAYA. Voluntariamente!...

ESCIPION. Sosegaos. (*Mira por la ventana.*) El cielo vá aclarandose; quando lo esté del todo, yo me encargo de despedir á ese hombre.

BOLBAYA. Enhorabuena: por vos lo hago, solamente por vos. (*A Beatriz.*) En el despacho de mi hermano te espero para que me ayudes á examinar los papeles y las cuentas.

BEATRIZ. Está bien.

GENARO. (*A Bolbaya que se marcha.*) No me enveis de cenar, señor huésped, porque sería abusar de vuestra hospitalidad. (*Bolbaya sale colérico.*)

## ESCENA IV.

GENARO. — ESCIPION. — BEATRIZ.

GENARO. Confieso que para calentar el estómago no me vendría mal ahora un vaso de vino.

BEATRIZ. (*Abriendo un armario.*) Voy á dároslo.

GENARO. No quiero vino de ese miserable.

BEATRIZ. No es suyo: lo he comprado yo con mis aborros.

GENARO. Eso es otra cosa: si el camarada quiere echar un trago conmigo...

ESCIPION. Con mucho gusto. (*Sentándose en frente de él al otro lado de la mesa.*)

GENARO. (*Llena los dos vasos y alza el suyo.*) Yo no soy como el maestro Bolbaya: jamás pregunto la procedencia ni el nombre del vino: cualquiera que sea, le doy al punto hospitalidad. (*Bebe.*) Pero, Dios me perdone!...

ESCIPION. Es lágrima-Cristi.

GENARO. Y del mejor.

BEATRIZ. Es natural, pues es de una botella que guardo hace ya mas de diez años.

ESCIPION. Para quién?

BEATRIZ. Para el hijo de la casa... para el niño á quien he criado.

GENARO. Vós?

BEATRIZ. Sí: eso sucedió cuando las tropas reales obligaron á los contrabandistas á abandonar la montaña. Me parece que es ahora cuando una noche, la Noche-buena por mas señas, nos encontramos en la puerta de la casa, dentro de un gran cesto, dos preciosas criaturas; dos niños, al parecer gemelos... El señor cura no podía hacerse cargo de la niña, y la envió al hospicio de huérfanas de Nápoles; pero quiso ser padrino del niño, y le crió... ó, mejor dicho, me dejó que le criase. Era tan guapo mi Francisco, pero tan travieso!... todo cuanto tocaba lo hacía añicos; era un diablillo; y sin embargo, tenía tan buen corazón y nos amaba tanto... Apenas cumplió doce años, cuando un día, sin saber

cómo, nos le quitaron. Cuánto lloré por mi niño!

ESCIPIÓN. Sospechais quien os lo quitó?

BEATRIZ. De seguro, Marco-Tempesta y su cuadrilla, que volvieron á aparecer en la montaña... Odio tanto á ese malvado, que daría cuanto tengo por verle ahorcar á él y á todos los suyos.

GENARO. Y desde entonces no habeis vuelto á saber de Francisco?

BEATRIZ. Sí señor: todos los años, en la Noche-buena, recibíamos mi amo y yo regalos magníficos con un papel que decia: *Para el señor cura, de parte de su ahijado*. Pero hace ya dos años que no hemos vuelto á saber de él, lo cual me prueba que el pobrecillo no existe. Sin embargo, el señor cura ha dispuesto en su testamento, que si parece nuestro Francisco, sea suya la mitad de sus bienes. (*Mirando á Genaro que llora.*) Qué teneis? os hace eso derramar lágrimas?

GENARO. (*Enjugándose las lágrimas.*) A mí? Y por qué?

BEATRIZ. Además, al morir me dijo: quiero que tú misma le entregues, con mi bendición, que no puedo darle, este retrato...

GENARO. (*Tomándolo vivamente y mirándolo.*) Es el suyo!

BEATRIZ. (*Continuando.*) Si es digno de él, y si, como lo espero, es un hombre de bien,

GENARO. (*Devolviendo el retrato.*) Tomad! tomad! (*A Escipión como un hombre que quiere aturdirse.*) Otro vaso, camarada. (*Se oye una campanilla en la habitación que hay en la izquierda.*)

BEATRIZ. Voy, voy! (*Sale por la izquierda.*)

## ESCENA V.

GENARO.—ESCIPIÓN. (*Bebiendo.*)

GENARO. No extrañareis que desee saber vuestro nombre.

ESCIPIÓN. No tengo ninguno.

GENARO. Ni yo tampoco.

ESCIPIÓN. He elegido el de Escipión.

GENARO. Y yo me he puesto el de Genaro. Teneis madre?

ESCIPIÓN. Murió hace mucho tiempo.

GENARO. Lo mismo le sucedió á la mia. Teneis amigos?

ESCIPION. Si quereis serlo mio, tendré uno desde hoy.

GENARO. Venga esa mano! desde que os vi, senti una inclinacion hácia vos... seremos amigos: teneis bienes de fortuna?

ESCIPION. Ningunos.

GENARO. Ni yo: tenia algunos, mas los he perdido... He jurado matar al que me los arrebató.

ESCIPION. Es justo: y ¿en qué consistian?

GENARO. En efectos de comercio.

ESCIPION. Erais comerciante! hermosa carrera!

GENARO. Eso es segun y como se la considera: la vuestra es mucho mejor: oficial de Marina... Pero á veces no es uno dueño de elegir su profesion: yo he seguido la de mi padre.

ESCIPION. Era tambien negociante?

GENARO. Con efecto, negociante. Casi era yo un niño, quando me llevó á su lado, y me enseñó el manejo de los negocios: á poco murió, y los dejó...

ESCIPION. Florecientes?

GENARO. Endiabladamente embrollados... aunque yo era muy jóven quando faltó mi padre, quedé, como podeis figuraros, de gefe de la casa de comercio... mas aun... de gefe de la familia... porque tengo una hermana de quien estuve separado mucho tiempo, y con quien al fin me he reunido... proponiéndome establecerla y dotarla como á una duquesa tan luego como se rehaga mi fortuna. He aqui mi historia. Y la vuestra?

ESCIPION. No es muy larga. No he sido tan dichoso como vos, porque no he conocido á mi padre, que era un gran señor, segun decia mi madre, bien que jamas pronunciase su nombre; porque habia sido engañada y abandonada por él. Yo crecí en las plazas y en los muelles de Nápoles como un verdadero lazzarone, y unas veces era remero en las lanchas, y otras pescador. Asi llegué á ser marinero y luego soldado, hasta que despues de cinco años de servicios y de haber recibido cuatro heridas, me nombraron capitan de un falucho, con cien piastras de sueldo al año.

GENARO. Nada mas que eso? Ah! si yo os hubiera conocido antes, os habria asociado á mi comercio que exige á veces un marino experto y valiente, y en que se puede ganar en una semana tanto como ganais en todo un año. Pero eso no importa, capitán Escipion; somos de una misma edad, sois valiente y nada poseeis: me convenis; y cuando una persona me agrada, me encargo de hacer su fortuna... Quiero casaros.

ESCIPION. (*Admirado.*) A mí?

GENARO. Quereis ó no?

ESCIPION. Os diría que sí, á no estar enamorado de una jóven que, como yo, nada posee.

GENARO. Eso es otra cosa.

ESCIPION. La amo desde la infancia... Por ella me hice soldado. La he prometido darla mi mano cuando regresára.

GENARO. Puesto que hay un juramento de por medio, nada he dicho... no hablemos mas del particular. Y á dónde caminais ahora? (*Se levantan.*)

ESCIPION. A Nápoles.

GENARO. Para volverla á ver?

ESCIPION. Sí, y para presentarme al rey.

GENARO. Vos, capitán, y para qué?

ESCIPION. Habeis oído hablar de Marco-Tempesta, el famoso contrabandista?

GENARO. Sí.

ESCIPION. Pues bien: habia embarcado todos sus tesoros y sus mercancías en un barco, al mando de su teniente Pecchion, para conducirlos á Génova ó Marsella, á fin de establecerse allí y dejar el contrabando para siempre...

GENARO. Y qué?

ESCIPION. Con una falsa maniobra atrajo al gobernador de la provincia, duque de Pópoli, y á las tropas de su mando hacía estas montañas de los Abruzos, dejando libre por consiguiente la costa; pero desgraciadamente para Marco, yo me hallaba de crucero en las aguas inmediatas con mi falucho El Etna.

GENARO. (*Despues de un movimiento de cólera que reprime.*) Ah! con que fuisteis vos....

ESCIPION. Sí.

GENARO. Quien se apoderó de un cargamento que valia quinientas mil piastras y de las dos terceras partes de su gente?

ESCIPION. (*Con orgullo.*) Con efecto, yo he sido.

GENARO. Pues no deja de ser osadía la vuestra cuando os internais en estas montañas solo; porque Marco-Tempesta y los suyos han jurado deshacerse por cualquier medio del capitan del Etna.

ESCIPION. Pues yo, camarada, para ser capitan de fragata, y casarme con la que amo, he jurado tambien apoderarme muerto ó vivo de Marco-Tempesta.

GENARO. Está bien; venga esa mano.

DUO.

ESCIPION. Si á mi vista se presenta por feliz casualidad, en el punto los aceros la cuestion decidirán.

GENARO. Si á su vista se presenta cuando sea su voluntad, en el punto los aceros la cuestion decidirán.

ESCIPION. Yo sabré reconocerle.

GENARO. Lo vereis pronto quizá.

ESCIPION. Mas no sé donde encontrarlo.

GENARO. De buscaros es capaz.

(*Se dirige á él, empuñando su puñal; pero al oir la voz de la Sirena se detiene, sin que Escipion haya notado nada.*)

LA VOZ. (*Fuera, vocalizando.*)

Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPION. (*Sorprendido.*)

La Sirena!

GENARO. (*Sonriéndose.*)

La Sirena.

ESCIPION. Es su acento celestial.

GENARO. No os crei supersticioso; me engañaba, capitan.

LA VOZ. (*Dentro mas cerca.*)

Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPION. Ya la voz vuelve á sonar.

LA VOZ. Ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah! ah!

ESCIPIÓN. La voz encantadora  
conmueve mis sentidos,  
y al alma le recuerda  
acentos conocidos.  
Mas no puede ser ella  
la cándida doncella  
que adoro delirante  
con férvida pasión.

GENARO. La voz encantadora  
conmueve sus sentidos:  
vacila, y se figura  
le engañan sus oídos.  
Es cierto; pues no es ella  
la cándida doncella  
que adora el pobre mozo  
con férvida pasión.

Me sorprende que un valiente  
que prender quiere al bandido,  
escuchando esos acentos  
aparezca estremecido.

ESCIPIÓN. Yo temblar!

GENARO. Así parece!

ESCIPIÓN. Nunca tiemblo, es ilusión.

GENARO. Aun lo dudo!

ESCIPIÓN. Lo dudais?

GENARO. Consultad al corazón.

ESCIPIÓN. Así que en el campo

esté el enemigo,

veráse si abrigo

cobarde temor.

Si el pecho se agita

con ecos suaves,

tranquilo palpita

en lances de honor.

GENARO. Si luego en el campo

se encuentra conmigo,  
veré si consigo  
matar al traidor.

Su pecho se agita  
con ecos suaves;  
sin duda palpita  
de susto y temor.

Voz.

(*Dentro.*)

Ah! ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah! ah!

GENARO. El eco os agita.

ESCIPIÓN. No abrigo temor.

ESCIPIÓN.

GENARO.

Así que en el campo  
esté el enemigo, etc.

Si luego en el campo.  
se encuentra conmigo, etc.

## ESCENA VI.

*Dichos.*—BOLBAYA.—BEATRIZ, *que salen por la izquierda.*

BOLBAYA. Silencio! que es la Sirena.

BEATRIZ. Con efecto, está debajo de esta ventana. (*Abriendo la ventana de la izquierda.*)

BOLBAYA. (*A Beatriz.*) Ven conmigo a ver si podemos cogerla.

BEATRIZ. (*Asustada.*) Id vos solo! yo no me atrevo.

ESCIPIÓN. (*A Bolbaya.*) Yo os acompañaré. (*Aparte.*) Quiero aclarar mis sospechas.

BOLBAYA. (*Aparte.*) Si echándole mano agarrara a la prima donna que busco...

ESCIPIÓN. Marchemos. (*Sale con Bolbaya por la puerta del fondo sin tomar los sombreros.*)

GENARO. (*Aparte.*) Pobre necio! (*Se asoma a la ventana izquierda y da un silbido; cierra aquella y baja a la escena.*)

## ESCENA VII.

GENARO Y BEATRIZ.

GENARO. (*Aparte.*) El canto quiere decirme que el gobernador ó el destacamento se acerca á este pueblo. (*Llaman á la puerta derecha.*)

BEATRIZ. ¿Quién llama?

UNA VOZ. (*Fuera.*) Abrid al señor duque de Pópoli.

BEATRIZ. (*A Genaro.*) El duque de Pópoli! ¿Y quién es eso?

GENARO. Eso es un vestido sobre el cual hay bordados de oro, y debajo nada.

BEATRIZ. Entonces deberé abrir.

GENARO. Ahí no es nada: abrid pronto al gobernador de los Abruzos, omnipotente durante el último reinado omnipotente en el que le siguió... no tiene mas que una habilidad; la de estar siempre en favor.

BEATRIZ. Y yo que le hago aguardar en la puerta. (*Abriendo.*) Entrad, entrad, monseñor.

## ESCENA VIII.

Dichos.—EL DUQUE embozado en una capa, y seguido de dos lacayos, que salen á una señal de su amo.)

DUQUE. (*Entrando.*) Por fin llegué: ¿dónde está el dueño de esta casa?

GENARO. (*Acercándose.*) Monseñor, acaba de salir.

DUQUE. (*Mirándole con el lente.*) Ah! eres tú, Genaro?

BEATRIZ. (*Bajo á Genaro.*) Os conoce?

GENARO. (*Idem á Beatriz.*) He tenido el honor de pertenecer á su servidumbre.

DUQUE. (*A Beatriz.*) Podré descansar aquí, mientras llegan unas personas que me han citado para esta casa?

BEATRIZ. Todo el tiempo que V. E. guste. (*Haciendo una reverencia. Genaro ayuda al duque á quitarle la capa; la dá á Beatriz.*)

DUQUE. (*A Beatriz.*) Podeis marchar á vuestros quehaceres. (*Sale Beatriz llevándose la capa, por la puerta izquierda.*)

## ESCENA IX.

DUQUE.—GENARO.

DUQUE. (*Sentado, á Genaro que permanece de pié á su lado.*) Qué has venido á hacer por aquí?

GENARO. Vivo en una posada que hay en estas montañas.

DUQUE. Cuánto me alegro de verte! Recuerdo que cuando estuviste á mi servicio eras tan ingenioso para disponer banquetes, fiestas... apropósito: mañana tengo que dar una á toda la Corte en mi palacio de Pescara. Fuiste un majadero en separarte de mí, pues apenas estuviste un mes en mi casa.

GENARO. Mucho mas, monseñor.

DUQUE. No: conservo perfectamente las fechas... Entraste en mi palacio... poco tiempo antes del lance que me sucedió con el condenado de Marco-Tempesta.

GENARO. Es verdad!

DUQUE. Fué justamente cuando en tiempo del último rey se le aprehendieron una infinidad de cargas de contrabando que valian sobre doscientas mil piatras.

GENARO. (*Sonriéndose.*) Y que V. E. hizo quemar en la plaza pública.

DUQUE. (*Con importancia.*) Cabal!

GENARO. (*Idem.*) Y por las cuales se atrevió á pedirnos una indemnización.

DUQUE. Que le rehusé como debía.

GENARO. Y que tuvo la insolencia de haceros pagar.

DUQUE. Con efecto: recuerdo que daba un espléndido banquete al embajador de España: la mesa en que brillaba un magnifico servicio de plata labrada, de inmenso valor, estaba servida por veinticinco criados, que tuve que buscar, por no ser suficiente los míos que casi todos se hallaban en Nápoles.

GENARO. Recuerdo yo tambien que estaban muy gallardos con las ricas libreas de vuestra casa.

DUQUE. Pues bien; á los postres desaparecieron todos con la vagilla completa.

GENARO. Oiga!..

DUQUE. Eran veinticinco galafates de la partida de Marco-Tempesta.

GENARO. (*Riéndose.*) Pero no bay que negar á este que sabe hacer las cosas en regla: pues si os arrebató la vagilla, os dejó en cambio un recibo de las mercancías que le habiais quemado.

DUQUE. Con efecto: la broma era ingeniosa; pero eso no le impedirá ser ahorcado si llevo á cogerle.

GENARO. Y tanto como que le cogereis!

DUQUE. Ya he recibido la orden de prenderle. Para ello y para extinguir su partida, se me ha mandado aplicar las quinientas mil piastras que les ha cogido el capitan del Etna.

GENARO. Ah!!! Con que han puesto á vuestra disposicion las quinientas mil piastras?

DUQUE. Las tengo en mi palacio de Pescara.

GENARO. Y empezais hoy la campaña contra él?

DUQUE. (*Con fatuidad.*) No. Vengo aquí para cierta aventura...

GENARO. Una aventura.

DUQUE. Estaba anoche en el baile que dió la princesa Negróni, cuando se me acercó una máscara, y me dijo que si venia hoy á esta casa, me comunicaría un importante secreto.

GENARO. Eso se adivina fácilmente; alguna linda duquesa seducida por vuestras gracias...

DUQUE. No tendria nada de extraño, pues no he sido muy desgraciado con las damas... pero veo que se me hace esperar mucho. (*En este momento tiran por la ventana una carta sujeta á una piedra.*)

GENARO. (*Cogiendo la carta.*) Esperad. (*Lée.*) Al señor duque de Pópoli, gobernador de los Abruzos.

DUQUE. (*Somriéndose.*) Ah! ah! Léeme ese billete, porque desde que la moda nos obliga á ser cortos de vista, me cuesta tanto trabajo leer... A ver la firma... quizá no la haya: es natural. (*Se sienta.*)

GENARO. (*Mirando la carta que ha abierto.*) Pues sí la hay.

DUQUE. Cómo dice?

GENARO. (*Leyendo.*) «La Sirena.»

DUQUE. (*Alborozado.*) La Sirena!... esa ninfa invisible... esa voz misteriosa... Mira tú; yo que siempre he sido apasionado á la música... Ya te escucho, Genaro.

GENARO. (*Leyendo.*) «Monseñor: Vuestro hermano mayor »Odoardo de Pópoli, no pudiendo seducir á una »jóven montañesa de los Abruzos, llamada Ma- »ria Vergani, de quien estaba ciegamente ena- »morado, quiso engañarla con un matrimonio »fingido!

DUQUE. (*Meciéndose en su silla.*) Y qué tengo yo que ver con esa historia?

GENARO. (*Continuando.*) «Pero el bribon á quien se con- »fió el duque, quiso ser una vez hombre de »bien, y llevó, sin decir nada á nadie, un sa- »cerdote verdadero y testigos tambien legíti- »mos. La partida de casamiento en toda regla, »ha venido á parar á mis manos.

DUQUE. Qué quiere decir eso?

GENARO. (*Continuando.*) »Si la publico, podrá María »Vergani ó los suyos reclamaros el título de »duque de Pópoli, y con él, perdereis además »sus bienes, que valen muchos millones de »piastras.

DUQUE. (*Colérico.*) Qué insolencia!

GENARO. (*Continuando.*) »Nosotros podriamos entender- »nos por menor suma, sin contar con el título »que conservaríais.

DUQUE. Qué se quiere decir con esto?

GENARO. (*Continuando.*) «Yo os entregaré la partida de »que depende vuestra suerte, en cambio de las »500,000 piastras que retenéis injustamente á »Marco-Tempesta y compañía, negociantes, »bajo la condicion de que me lleveis vos mismo »dicha suma en billetes del banco de Nápoles, »esta noche á las nueve, á la Piedra Negra, en »donde os aguardo.=La Sirena.»

«P. D. Estoy cerca de vos, y espero la respuesta.»

DUQUE. Vaya una atrevida é infernal Sirena!

GENARO. Que no se parece á la que esperábais.

DUQUE. (*Levantándose, á Genaro.*) Dime tu opinion sobre esto.

GENARO. (*Idem.*) Decidme primero la vuestra, monseñor.

DUQUE. (*Apoyándose en el hombro de Genaro y mirando la ventana.*) Has fijado la atencion como yo, en estas palabras: *Estoy cerca de vos?*

GENARO. Lo cual quiere decir que no está lejos.

DUQUE. Ya; pero la partida de casamiento con que me amenaza...

GENARO. (*Con frialdad.*) No puede ser verdadera.

DUQUE. Y si lo fuese?

GENARO. (*Idem.*) Debeis aseguraros de ello con vuestra mirada de lince... y si es auténtica y está en toda regla, no la adquirís por mucho precio.

DUQUE. (*Con cólera.*) Por 500,000 piastras.

GENARO. No las teneis depositadas en vuestro palacio?... además, conoceis mucho mejor que yo las cosas, Monseñor: si preferís perder el titulo de Duque, y los bienes de vuestro hermano...

DUQUE. Eso no puedo preferirlo de modo ninguno. Escucha, Genaro: hé aquí un lance en que es necesario que despliegues toda tu habilidad. Es forzoso que encuentres á esa Maria Vergani, que indudablemente ignora todo lo que pasa. Si ella y los suyos no viven, poco me importan las amenazas de la Sirena.

GENARO. Teneis razon.

DUQUE. Si alguno de los Vergani existiese, prométele una cantidad crecida, ó una renta vitalicia, con tal de que se ausente de este pais, ó que te ofrezca, bajo juramento, guardar silencio. Has entendido?

GENARO. Perfectamente; pero habeis olvidado que para estas diligencias se necesitan semanas y aun meses, y tal vez años; y que la Sirena os espera esta misma noche á las nueve; y que si no vais...

DUQUE. (*Vivamente.*) Iré, iré.

GENARO. (*Con frialdad.*) Y yo tambien.

DUQUE. (*Estrechándole la mano.*) Te doy las gracias...

Pero si hasta aquella hora pudiéramos entre los dos hallar un medio...

GENARO. Qué medio!

DUQUE. Quiero decir, alguna combinacion diplomática para no pagar nada, y por el contrario, atraer á la Sirena á una emboscada...

GENARO. (Con frialdad.) Esa es una idea que merece pensarse.

## ESCENA X.

Dichos.—BEATRIZ que entra por la derecha.

BEATRIZ. (Con un pliego en la mano.) Han venido á preguntar por V. E.

DUQUE. Alguna mujer?

BEATRIZ. No señor, un soldado.

GENARO. Que no viene á ser lo mismo.

BEATRIZ. Trae este despacho, y está esperando en la puerta.

DUQUE. (Rompiendo la cubierta.) Es del capitan del destacamento de Castel di Sagro, á quien tengo encargado hace tiempo que procurase adquirir las señas de Marco-Tempesta.

GENARO. Qué oigo!

DUQUE. Filiacion que quiero hacer copiar y dirigir á todos los destacamentos de cazadores calabreses que baten la montaña... (A Beatriz.) Dí al soldado que aguarde la contestacion. (Vase Beatriz. Saca del pliego dos papeles, coloca uno en la mesa de la derecha, y despliega el otro y empieza á leer.)

GENARO. (Queriendo coger el papel.) Si V. E. quiere que yo se lo lea...

DUQUE. (Rehusando.) No, no. Este no es billetito de amor. (Con gravedad.) Esto es un asunto que exige discrecion. (Leyendo.) «Me tomo la libertad de rogar á V. E. que no se arriesgue á seguir en la montaña el canto de la Sirena.» (Interrumpiéndose.) Pues no deja de venir á tiempo la observacion..!

GENARO. (Aparte.) Cielos!

DUQUE. (*Continuando.*) »Segun avisos seguros y secretos que acabo de recibir, parece que la Sirena es una jóven muy bella que hace bastante tiempo vive con Marco-Tempesta. Los cantos que hace oír por la noche en diversos sitios de la montaña, son señales con que dá aviso á los contrabandistas; y á veces la sirven para separar de su camino á los aduaneros y á las tropas que los persiguen.»

GENARO. (*Con sencillez afectada.*) Cosa mas rara!

DUQUE. (*Con fatuidad.*) ¿Te admiras de eso? Ya hace tiempo que lo habia yo sospechado. (*Continúa.*) »En cuanto á las señas de Marco-Tempesta, adjuntas las hallará V. E. y le aseguro que son exactísimas...» Vamos á verlas.

GENARO. (*Que ha pasado detrás de él, agarra el papel que hay sobre la mesa derecha: esforzándose por reir y estrujando el papel que tiene en la mano.*) Si, monseñor; vamos á verlas. (*Se oye ruido de pasos y de un tambor lejano.*)

DUQUE. Espera... no oyes...? (*Aparte.*) Será uno de nuestros destacamentos que sube por la montaña. (*Alto.*) Aguárdame un instante: me ocurre una idea... (*Sale por la derecha.*)

## ESCENA XI.

GENARO solo.

GENARO. Una idea! como si fuera posible que concbiese ninguna... Veamos esas señas que me tienen sobresaltado. (*Lee.*)

Las señales son exactas,  
soy perdido si las ven.

Dulce voz de la Sirena,  
cesa, cesa, de cantar;  
tus suavisimos acentos  
no nos pueden ya salvar.

Y es un dolor

el arribar,  
tocar la orilla  
y naufragar.

Pobre niña candorosa,  
tu inocencia ha de ignorar  
que cual ángel nos proteges  
con tu canto celestial.

Y es un dolor  
el arribar,  
tocar la orilla  
y naufragar.

No nos aturdamos... pensemos en el medio de  
evitar el golpe que nos amenaza... Ah! eso es!  
(*Rompe el papel, se sienta en la mesa y  
coge otro.*) Cambiaré las señas por otras dife-  
rentes.

## ESCENA XII.

GENARO *en la mesa de la derecha y escribiendo.*—

BOLBAYA y ESCIPION *entrando por la puerta del fon-  
do á la izquierda, y enjugándose la frente.*

BOLBAYA. (*Arrojándose en un sillón.*) Ay! vengo derren-  
gado.

ESCIPION. Nos ha sido imposible encontrarla.

GENARO. (*Ap. y levantando los ojos sobre Escipion, que  
está en frente de él.*) Y yo que buscaba un mo-  
delo! Este que tengo á la vista es excelente, y  
así me liberto de un enemigo. (*Se pone á es-  
cribir, mirando alternativamente á Escipion.*)

BOLBAYA. (*Sentado.*) Vaya con la Sirenita! pues apenas  
me ha hecho andar, y todo en valde; sin duda  
tiene los piés tan ágiles como la garganta.

GENARO. (*Escribiendo.*) Con que no pudisteis cogerla?

BOLBAYA. Cogerla! Decid si pude verla: esa mujer es una  
hada, es invisible, es inagarrable.

GENARO. (*A Escipion que quiere levantarse.*) No os mo-  
vais.

ESCIPION. Para qué me mirais con tanta atencion?

GENARO. (*Escribiendo.*) Me estoy riendo de vuestra aventura. (*Ap.*) Ya he concluido. (*Se levanta, dobla el pliego y lo deja sobre la mesa.*)

ESCIPIÓN. (*Tomando los sombreros y dirigiéndose á Bolbaya.*) Marchémonos, que vá siendo ya de noche.

BOLBAYA. Vamos. (*Se dirigen hácia la puerta del fondo.*)

GENARO. Buen viaje!

### ESCENA XIII.

Dichos.—EL DUQUE, que aparece por la puerta de la derecha.

DUQUE. (*Como dando órdenes á los que quedan fuera.*) Andad y decid que todos se coloquen en el sitio que he designado, y volved en seguida. (*A Genaro.*) Mi capa. (*Se aproxima á la mesa, coge el papel y lo lee en silencio con un lente.*)

#### FINAL.

BOLBAYA. (*Estupefacto.*)

Quien será este personaje!

GENARO. (*A Bolbaya, entrándose en el gabinete de la izquierda.*)

El señor Gobernador.

DUQUE. (*A Bolbaya y á Escipión que le saludan, y sin dejar de leer.*)

Que á las nueve en Piedra Negra debe estar con precision, para ver á la Sirena.

BOLBAYA. (*A Escipión.*)

Por allí vamos los dos.

ESCIPIÓN. (*A Bolbaya.*)

Ah! si verla consiguiera...

(*Al Duque.*)

Nos permite, monseñor, que en la Piedra le aguardemos?

DUQUE. (*Ap.*)

Dónde encuentro yo al bribon!

(*Separa la vista del papel y repara en Escipión, cuyas señas confronta.*)

Mas ¡qué veo... Marco-Tempesta...  
y la escolta que marchó!

¿prenderle no me atrevo,  
que estoy solo, y es atroz.

GENARO. *(Sale con la capa del Duque, á quien dice aparte.)*

¿Qué sucede?

DUQUE. *(Le lleva á un lado, y señala á Escipion.)*  
Vé á Tempesta.

GENARO. *(Ap.)*  
El anzuelo se tragó.

DUQUE. *(Con intencion á Escipion y á Bolbaya.)*  
Estaré en la Piedra Negra  
á las nueve... andad con Dios.

ESCIPION. ¡A la Piedra Negra iremos

BOLBAYA. ¡á las nueve, monseñor.

JUNTOS.

BOLBAYA. La ninfa incógnita  
del dulce acento  
que escapa rápida  
si asirla intento,  
llevarla á Nápoles  
quizá podré.

ESCIPION. La ninfa incógnita  
del dulce acento  
que escapa rápida  
si asirla intento,  
entre los árboles  
quizá veré.

DUQUE. Si entrasen cándidos  
en la floresta,  
venganza horrisona  
del vil Tempesta  
al fin solicito  
tomar podré.

GENARO. Mi astucia cómica  
al Duque engaña,  
*(Señala á Escipion.)*  
que contra el misero  
feroz se ensaña.  
Si yo libértome,  
feliz seré.

ESCIPIÓN. }  
BOLBAYA. } (*Al Duque.*)

A la Piedra Negra iremos,  
á las nueve, monseñor.

DUQUE. (*Con intencion.*)

Estaré en la Piedra Negra  
á las nueve... andad con Dios!

(*Se marchan Bolbaya y Escipion por la  
puerta del fondo.*)

## ESCENA XIV.

EL DUQUE.—GENARO.—COROS.

GENARO. Es forzoso, señor Duque,  
el dinero ir á buscar.

DUQUE. Para qué?

GENARO. Para llevarlo  
á la Piedra Negra ya.

DUQUE. (*Maliciosamente.*)  
No es preciso.

GENARO. (*Admirado.*)

No es preciso?

DUQUE. (*Con intencion.*)  
No es preciso: ven acá.

(*Le lleva á un lado.*)

El medio que te dije  
á fin de no pagar,  
á mi sutil ingenio  
se le ha ocurrido ya.

GENARO. No acierto...

DUQUE. No adivinas?

escucha y lo sabrás.

Tan luego como llegues

Tempesta á aquel lugar,

cincuenta cazadores

que allí ocultos están,

le apuntan, le disparan,

le matan sin chistar,

y vengome del chasco

que dióme el perillan.

Cogemos la Sirena,

que no podrá escapar,  
y el acta le quitamos  
sin dar un dineral.

¿Qué te parece el medio?

GENARO. Magnifico en verdad!

(Aparte.)

Mas juro que si puedo,  
por Dios, lo he de estorbar.

(Coje el sombrero y la capa, y se dispone á marchar.)

DUQUE. (Deteniéndole.)

Dónde vas?

GENARO. A mi posada.

DUQUE. Tente, espera.

GENARO. No es posible.

DUQUE. El camino es muy temible.

GENARO. No me puedo detener.

DUQUE. (Viendo entrar su escolta por la puerta derecha.)

Pues mi escolta ha regresado  
juntos ambos marcharemos,  
y despues te dejaremos  
donde quieras.

GENARO. (Decidiéndose.)

Esta bien!

JUNTOS.

Horror me inspira  
tanta maldad,  
mas la catástrofe  
quiero evitar.

DUQUE. Ya mi venganza  
segura está:

seré riquísimo,  
no hay que dudar.

CORO. Si en la emboscada  
llegase á entrar,  
Tempesta el mísero  
no escapará.

(Salen por la puerta de la derecha y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

El teatro está dividido en dos partes: una inferior y otra superior: la primera representa el interior de una posada, practicada en la montaña y dominada por rocas: la segunda figura el monte atravesado por sendas de arriba abajo; árboles, peñascos, etc.: en la posada, á la derecha, una puerta: en primer término una chimenea, hácia la izquierda, y mas allá puertas de habitaciones; en el fondo la puerta de una cueva, y al lado una ventana de la misma: delante de la escena una mesa y bancos. Es de noche; la posada con luz.

### ESCENA PRIMERA.

*En la posada aparecen LOS CONTRABANDISTAS unos sentados junto á la mesa, otros de pié y otros tendidos.*  
*PECCHION con una botella.*

#### CORO.

UNOS. Con un vaso de vino  
se ahuyenta la tristeza.

OTROS. Mas solo con el agua,  
redóblanse las penas.

TODOS. Malhaya nuestra suerte  
que el vino falta ya.

UNOS. El agua no mitiga  
la sed que nos aqueja.

OTROS. Y no basta á aplacarla

Tonos. tan solo una botella.  
Bebámosla, bebámosla  
que al fin se ha de apurar.  
¡Oh tiempos venturosos,  
aquellos que en la cueva  
yacian empolvadas  
botellas á docenas  
de Lácrima, de Chipre,  
de Oporto y de Jerez!  
Aquel dulce recuerdo  
redobla la tristeza  
que apenas se mitiga  
con solo una botella,  
que resta rezagada  
y aumenta nuestra sed.  
Echad algo en el vaso  
que al fin se ha de beber.

## ESCENA II.

*Durante el coro que precede, se ha visto á Genaro  
atravesar el monte y bajarle hácia la posada: á la con-  
clusion entra por la izquierda: continúa muy piano la  
orquestra hasta el ária que sigue.)*

Dichos.—GENARO.

GENARO. Hola! qué es eso? (*Se levantan todos.*)

PECCH. Los camaradas que se lamentan de que se les  
ha acabado el vino.

GENARO. Tened paciencia, que pronto volverá á llenarse  
la bodega.

CONTRAB. Es que...

GENARO. Es forzoso sufrir las alternativas de nuestra vi-  
da, que por otra parte está llena de encantos;  
si no, escuchad.

### ARIA.

Por la tropa es perseguido  
el audaz contrabandista;  
mas no hay nada que resista  
á su altiva intrepidez.

Cruza el llano, salta el monte  
sobre un potro vigoroso,  
que al escape impetuoso  
casi no sienta los piés.

»Corre — Vuela — que nos cercan»  
grita al bruto espumeante,  
que, de un brinco, en el instante  
á la tropa deja atrás.

Llega al pueblo, y al momento  
vende pólvora y tabaco;  
y montándose en su jaco  
otra vez se vuelve al mar.

CORO. El veloz contrabandista  
á los guardas deja atrás.

GENARO. Viva esta vida  
de agitación,  
en que se olvida  
toda aflicción,  
Vino y mujeres,  
riesgo y placeres  
palpitar hacen  
el corazón.

CORO. Vino y mujeres,  
riesgo y placeres  
palpitar hacen  
el corazón.

(Los contrabandistas entran en la cueva.)

### ESCENA III.

GENARO. — PECCHION.

PECCH. Qué noticias traes?

GENARO. No muy buenas, amigo Pecchion.

PECCH. Y el negocio del duque de Pópoli?

GENARO. Se frustró, pues la fe de casamiento, en cambio  
de la cual debía dar las quinientas mil piastras,  
ha preferido adquirirla por un precio mas ba-  
rato.

PECCH. Cómo?

GENARO. Encargando del pago á cincuenta cazadores calabreses que me esperan en la Piedra Negra.

PECCH. Es preciso que busquemos á María Vergani, si existe, y entregarle el documento para que arruine á nuestro enemigo.

GENARO. Ya; pero entretanto están registrando la montaña numerosos destacamentos de soldados, contra los cuales no es posible luchar con la poca gente que nos queda. Será forzoso que huayamos.

PECCH. Es que la gente no querrá marcharse hasta que recobre las quinientas mil piastras, fruto de sus trabajos; y por lo que hace á mí, te declaro que no me voy de la montaña hasta que mate al capitán del falucho «El Etna.»

GENARO. En cuanto á ese puedes estar tranquilo, porque esta noche habrá dejado de existir. *(Pausa.)* Hablemos de otra cosa: he sabido que las cargas que nos cogieron no están en Nápoles, sino en el palacio del Duque, á la orilla del mar.

PECCH. Junto al río Pescara?

GENARO. Sí. He pensado que antes de marcharnos de la comarca, debemos buscar el medio de penetrar en el palacio, ya sea por la astucia ó por la fuerza, para recuperar lo que nos pertenece.

PECCH. Magnífica idea.

GENARO. Dime, ha vuelto mi hermana?

PECCH. Todavía no.

GENARO. La habeis oído esta noche?

PECCH. Se sintió su voz hácia el pueblo, pero luego calló.

GENARO. Así se lo encargué.

PECCH. Vendrá con nosotros?

GENARO. No: en esta posada, de que me cree dueño, no hay inconveniente en que viva; pero si lo hay en que nos acompañe si tenemos que emprender otra vez nuestras operaciones... de todos modos vuelvo á prohibir que nadie le revele quiénes somos, y en qué nos ocupamos.

PECCH. Por qué?

GENARO. *(Con embarazo.)* Por qué?... Mira, Pecchion, verdaderamente es una hermosa profesion la nuestra; pero no todos lo piensan así, y me

temo que no lo piense tampoco mi hermana Zerlina, que cree en la virtud... Quizá no comprendas tú esto.

PECCH. (*Con frialdad.*) Es posible!

GENARO. Yo: qué quieres que te diga? Como pasé mi niñez con un excelente cura, y mi juventud entre vosotros, luchan los recuerdos de aquella época con los de esta, de modo que delante de mi hermana bajo á mi pesar los ojos y estoy... como si dijéramos, cortado. Tampoco comprenderás esto.

PECCH. Tampoco.

GENARO. Por eso quiero hacerla rica, y casarla con un hombre de bien que la haga dichosa, sin que ninguno de los dos llegue á conocer quien soy.

PECCH. Bah! bah! bah!

GENARO. Por ella únicamente he sentido que cogieran nuestro barco, pues por lo que hace á mí... (*Se oye muy lejos cantar.*) Silencio: ella es. Toma unos cuantos hombres, sal con ellos por entre las rocas, y examina si nos amenaza algun peligro. (*Váse Pecchion por la izquierda.*)

#### ESCENA IV.

GENARO en la posada.—ZERLINA aparece en lo alto de la montaña: baja cogiendo flores silvestres y haciendo un ramo.

#### ROMANCE.

ZERLINA. (*Cogiendo las flores.*)

Ah! ah! ah! ah!

ah! ah! ah! ah!

(*Arregla el ramillete.*)

Por Lida bella serrana

suspira un viejo achacoso;

con dádivas obsequioso

preténdela conquistar.

Mas Lida rechaza ufana

el don que ofrece alevoso,  
pues un amor misterioso  
encierra su pecho ya.

*(Coge mas flores, y mientras vocaliza, desaparece un instante y entra por la puerta derecha cantando.)*

Ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah!

Riquezas, ni sedas, ni oro  
halagan á la doncella,  
sin galas está mas bella,  
y así la adora Pascual.

Mas triste en acerbo lloro  
lamentase de su estrella,  
pues riesgos sufre por ella  
é ignora si volverá.

Ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah!

*(Dá el ramo á Genaro.)*

GENARO. Gracias, hermana mia, por el romance y por el ramo. A no ser por tí, pocos viajeros vendrían á esta posada; pero oyendo tu voz, la siguen y llegan aquí, cenan y hacen gasto, que es cuanto puede desear un posadero.

ZERLINA. Es verdad. Pero algunas veces me envías á que cante en una hora determinada á un sitio elevado por donde no pasa nadie, recomendándome que huya al mas ligero ruido... por qué me encargas eso?

GENARO. Escucha, Zerlina. Cuando por mandato de nuestro padre fui á buscarte á Nápoles, y viniste aquí ¿no recuerdas lo que te dije de su parte?

ZERLINA. Que debía obedecer cuanto me mandarás, sin preguntar jamás la causa.

GENARO. *(Con dulce acento.)* Pues bien...

ZERLINA. Tienes razon. Lo habia olvidado.

GENARO. Y ¿si lo que te parece misterioso no fuese mas que un medio para hacerte feliz?

ZERLINA. No insisto en saber nada. *(Pausa.)*

- GENARO. Quizá tenga que hacer un viaje.
- ZERLINA. Voy contigo?
- GENARO. No: deberé estar ausente por algún tiempo, y quisiera llevarte á Nápoles á casa de los excelentes comerciantes en donde antes estuviste.
- ZERLINA. Y á quienes has recompensado con la mayor generosidad...
- GENARO. Te pondrás el vestido que usabas cuando estabas con ellos, y marcharás inmediatamente.
- ZERLINA. Tan pronto...
- GENARO. Te encargo que no digas á nadie, escepto á ellos, que tienes un hermano... (*A una señal de estrañeza de Zerlina.*) Es preciso.
- ZERLINA. Bien: y ¿cuándo volverás?
- GENARO. Cuanto antes pueda, porque pienso casarte.
- ZERLINA. Casarme!
- GENARO. Y darte una rica dote: te lo prometo.
- ZERLINA. Es que no tengo prisa en casarme: puedo esperar.
- GENARO. Comprendo: no habrás elegido todavía amante?
- ZERLINA. (*Bajando los ojos.*) Te equivocas: tengo uno.
- GENARO. Desde cuándo?
- ZERLINA. (*Con timidez.*) Desde que puedo acordarme... (*Con entusiasmo.*) Desde que existo.
- GENARO. Y nada me habías dicho...
- ZERLINA. (*Con los ojos bajos.*) Como no me lo habías preguntado...
- GENARO. Eso es otra cosa... Entonces dile que se presente, que venga.
- ZERLINA. Ojalá pudiera!
- GENARO. Pues qué...
- ZERLINA. Está ausente. Por eso te decía que podía esperar, pues entretanto...
- GENARO. Podrá volver tu amante!
- ZERLINA. Eso es!
- GENARO. Y qué profesion, qué ejercicio tiene?
- ZERLINA. (*Con coqueteria.*) Adivinalo.

DUO.

GENARO. Es obrero?

ZERLINA. Mas que obrero.

GENARO. Labrador?

ZERLINA. Mucho mejor.

GENARO. Comerciante?

ZERLINA. No lo aciertas.

GENARO. Abogado, Juez?

ZERLINA. No! no!

GENARO. No adivino quien ser pueda

el objeto de tu amor.

ZERLINA. Joven es, guapo y valiente,

y me adora con pasion.

GENARO. Es muy rico?

ZERLINA. Quiere serlo.

GENARO. Será noble!

ZERLINA. Qué sé yo!

GENARO. Tiene madre?

ZERLINA. Madre tuvo.

GENARO. Pues ha muerto?

ZERLINA. De afliccion!

GENARO. Y su nombre acaso sabes?

ZERLINA. La Vergani.

GENARO. Justo Dios!

y su hijo...

ZERLINA. Ser tu hermano.

ambiciona con ardor.

GENARO. (*Con alegria; aparte.*)

Ventura inesperada

apenas sospechada:

de Pópoli la sangre

podrá vengarme al fin.

ZERLINA. (*Aparte.*)

Ventura inesperada

por siempre deseada

tendré, si con mi amante

unirme puedo al fin.

GENARO. Quiero ver presto á tu amante.

ZERLINA. Hace un año se marchó.

GENARO. Es soldado?

ZERLINA. No; marino.

GENARO. Timonel?

ZERLINA. Mucho mejor.

GENARO. Capitan?

ZERLINA. (*Con alegria.*)

Y manda el Etna;

y su nombre es Escipion.

GENARO. (*Aterrado.*)  
Escipion!

ZERLINA. (*Alarmada.*)

Qué te sucede.

GENARO. (*Lentamente.*)

Imposible es vuestro amor.

ZERLINA. (*Mas alarmada.*)

Imposible!

(*Suenan las nueve á lo lejos.*)

GENARO. Si, Zerlina:

(*Aparte.*)

Son las nueve... ya murió.

GENARO. (*A Zerlina.*)

Destino inflexible

por siempre os separa:

la union no es posible,  
renuncia á tu amor.

(*Abrazándola.*)

Te queda un hermano

que tierno te adora,

si el hado inhumano

te entrega al dolor.

ZERLINA. Destino terrible

mi dicha acibara;

mas es imposible

que olvide su amor.

Si el hado tirano

cruel nos separa,

divide mi hermano

mi justo dolor.

(*Sale Genaro por la puerta derecha.*)

## ESCENA V.

ZERLINA sola.

Qué habrá sucedido! Por qué estará Genaro turbado... conmovido... ha hablado de obstáculos invencibles... no los hay cuando se ama de ve-

ras... Pero, ah Dios mio! (*Asustada.*) Si será que Escipion me habrá olvidado... oh! habrá muer... oh! no, no es posible.

ROMANZA.

«De la azarosa vida  
cruzamos el camino,  
pensando que el destino  
debíamos unir.

Constante, fiel y pura  
mi fe te he conservado,  
Si no me has olvidado  
no tardes, vuelve á mí,  
ó si me llamas,  
iré hacia tí.»

(*Se pone á arreglar el interior de la posada.*)

ESCENA VI.

ZERLINA *en la posada.*—ESCIPION y BOLBAYA *aparecen en lo alto del monte.*

BOLBAYA. (*A Escipion que marcha delante.*) Poquito á poco; no vayais tan deprisa.

ESCIPION. (*Mirando al rededor.*) Hemos perdido el camino.

BOLBAYA. Ya lo creo; como que echásteis á correr como un loco tras la Sirena.

ESCIPION. Pensé que estaba cerca, y por seguirla nos hemos extraviado.

BOLBAYA. Me figuro que estamos en la parte opuesta de la Piedra Negra.

ESCIPION. Y es forzoso ir á ella.

BOLBAYA. Id vos solo si quereis; pues yo estoy rendido y...  
(*Se oyen algunas vocalizaciones de Zerlina.*)

ESCIPION. (*Aplicando el oído hacia la sierra.*) Callad!

ZERLINA. Un mismo pensamiento  
los dos siempre tuvimos,  
desque nos prometimos

amor hasta morir.  
Constante, fiel y pura  
mi fe te he conservado;  
Si no me has olvidado  
no tardes, vuelve á mi,  
ó si me llamas,  
iré hácia tí.

ESCIPIÓN. (*En el monte.*)  
Te busco y no te encuentro:  
do estas, Zerlina? di:  
mi voz es quien te llama,  
y está cerca de tí.

ZERLINA. (*Escuchando.*)  
Su voz es la que escucho:  
sonar la siento aquí:  
(*Señalando al corazon.*)  
si fueses tú mi amante,  
no tardes vuelve á mí.

ESCIPIÓN. (*Hablando y llamando.*)  
Zerlina, Zerlina.

ZERLINA. (*Aumenta la voz conforme se acerca Escipion.*)  
Ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah!

(*Escipion, guiado por la voz, aparece por la puerta izquierda, y dá un grito.*)

ESCIPIÓN. Mi Zerlina!

ZERLINA. Mi Escipion!

(*Corren y se abrazan.*)  
(*Encuentro inesperado,*

ZERLINA. } por siempre deseado:

ESCIPIÓN. } de júbilo y de dicha  
                  } palpita el corazon.

(*Bolbaya, que habia quedado atrás, aparece en la puerta, y al ver á Escipion en los brazos de Zerlina dá un grito y se oculta la cabeza entre las manos.*)

BOLBAYA. Jesus! entre los brazos  
                  la estrecha! Santo Dios!

ESCIPIÓN. Venid! es mi Zerlina!

ZERLINA. Venid! es mi Escipion!

BOLBAYA. Por mas que digan,  
no sé qué siento;  
ya me arrepiento  
de estar aquí.

ZERLINA. { Tras larga ausencia,  
                  { dueño adorado,  
                  { vuelvo á tu lado;

                  { ya soy feliz.

ESCIPION. { No separarnos  
                  { permita el cielo;  
                  { contigo anhelo  
                  { siempre vivir.

(Al final de este allegro Bolbaya se acerca á la ventana de la cueva que hay en el fondo, y mira al interior.)

ZERLINA. (Ap.) Corro á avisar á mi hermano.

ESCIPION. Zerlina! mi querida Zerlina!

ZERLINA. Espérame, que pronto vuelvo.

(Sale por la primera puerta derecha.)

## ESCENA VII.

ESCIPION.—BOLBAYA.

ESCIPION. (Volviéndose hácia Bolbaya, quien sosteniéndose apenas, viene del fondo del teatro asustado y trémulo.) Qué teneis, señor Bolbaya?

BOLBAYA. (En voz baja, arrastrándole hácia la puerta.) Chits! vámonos.

ESCIPION. Por qué nos hemos de ir ahora?

BOLBAYA. Chits... ya os lo diré cuando estemos fuera de aquí.

ESCIPION. Marcharme, cuando he encontrado á la que amaba, cuando va á volver?

BOLBAYA. Por eso mismo.

ESCIPION. Callad!

BOLBAYA. Sabeis quién es esa mujer?

ESCIPION. Ya lo creo.

BOLBAYA. Es la Sirena que nos ha atraído á una cueva de ladrones.

ESCIPIÓN. (*Riéndose.*) Já! já! já! já!

BOLBAYA. No seas imprudente. Acabo de ver por aquella ventana á una docena de ellos, á quienes por su facha debería ahorcárseles sin formacion de causa.

ESCIPIÓN. Qué disparate! Serán leñadores...

BOLBAYA. Sí, leñadores; y están armados con carabinas! Vos haced lo que os dé gana. (*En este momento Pecchion y algunos contrabandistas atraviesan el camino del monte, viniendo de la derecha y dirigiéndose á la puerta izquierda de la posada.*)

BOLBAYA. En cuanto á mí, me voy ahora mismo por donde hemos venido. (*Va á salir, y se encuentra á Pecchion y á sus compañeros. Da un grito de terror.*) Ah!

ESCIPIÓN. Qué es eso? (*Bolbaya huye hácia el fondo de la derecha. Al grito que ha dado salen de la cueva otros contrabandistas. Asustado, retrocede al medio de la escena.*)

### ESCENA VIII.

Dichos.—PECCHION.—CONTRABANDISTAS.—Luego GENARO.

PECCH. Quién sois?

BOLBAYA. (*Ap.*) Llegó mi última hora!

ESCIPIÓN. Unos viajeros que perdidos en las montañas, han entrado en esta posada, donde piensan pasar la noche.

PECCH. Qué miro! Sois el capitan del Etna!

CONTR. Muera! (*Apuntan con las carabinas á Bolbaya, que cae de rodillas, y á Escipion, que permanece de pie y con la frente erguida: en este momento aparece por la puerta de la derecha Genaro, y se coloca precipitadamente en medio de todos, alzando con los brazos las armas.*)

GENARO. Deteneos!

BOLBAYA. (*Mirándole.*) Santa Madona! es mi huésped de esta mañana.

PECCH. (*Vacilando.*) Capitan.

BOLBAYA. (*A Pecchion.*) Capitan... pues quién es?

PECCH. (*Señalando á Genaro.*) Marco-Tempesta.

BOLBAYA. (*Aterrado.*) Jesucristo!

ESCIPIÓN. (*Admirado y fijando la vista en Genaro.*) Marco-Tempesta!

PECCH. (*A Escipión.*) Que te entrega á nosotros para que vengamos á los compañeros que mataste. (*Se lanza con el puñal en la mano sobre él.*)

GENARO. Quieto, Pecchion. (*Se detiene: los contrabandistas murmuran.*) Hola! quién se atreve á respirar cuando yo mando (*Pausa.*) Acercaos y respondedme. (*A Bolbaya y Escipión.*) Cómo os hallais aquí, cuando debíais estar á las nueve en la Piedra Negra, en donde os había citado el duque de Pópoli!

ESCIPIÓN. Siguiendo á una persona, cuya voz creí conocer, nos perdimos, y hemos venido á caer en tus manos.

GENARO. Y si yo hubiera caído en las vuestras?

ESCIPIÓN. No hubiéramos tenido piedad de ti.

BOLBAYA. (*Interrumpiéndole.*) No me mezcleis á mí en eso: hablad de vuestra cuenta, porque yo...

GENARO. Basta: capitan Escipion, no eres hijo de Maria Vergani, montañesa de los Abruzzos?

ESCIPIÓN. Sí!

PECCH. (*Con sorpresa.*) Qué escucho!

GENARO. Puedes probarlo?

ESCIPIÓN. Fácilmente.

GENARO. Dónde están esas pruebas?

ESCIPIÓN. Con los demás papeles míos, á bordo del Etna.

GENARO. En qué sitio está anclado tu falucho?

ESCIPIÓN. En la embocadura del Pescara, á dos leguas de aquí.

GENARO. Está bien: tu vida nos pertenece: yo debia dejar á mis compañeros que se vengaran; pero no lo haré, por razones particulares que solo yo conozco.

PECCH. (*Bruscamente.*) Cuáles son?

GENARO. Cuáles?... (*Mirándole fijamente.*) Ha venido aquí á pedir la hospitalidad, y quiero que se le respete.

PECCH. No.

GENARO. (*Severamente.*) Sí... (*A Escipión.*) Pero con una condicion, que cumplirás bajo tu palabra de honor.

ESCIPIÓN. Cuál es?

GENARO. Que inmediatamente vayas á tu buque, y me traigas esta misma noche los documentos de que te he hablado.

ESCIPIÓN. Juro hacer lo que deseas.

BOLBAYA. (*Tímidamente.*) Y yo?

GENARO. Tú te quedarás con nosotros en rehenes. Otra cosa además os exijo.

ESCIPIÓN. } Cuál?

BOLBAYA. }

GENARO. Que hasta mañana á las doce, suceda lo que suceda, no direis nada de lo que habeis sabido, ni revelareis á nadie quién es Marco-Tempesta.

ESCIPIÓN. Lo juro.

BOLBAYA. Y yo tambien.

GENARO. (*Bajo á Escipión.*) A nadie, entendeis? ni á la jóven á quien poco há visteis aquí.

ESCIPIÓN. (*Con alegría.*) Lo ignora acaso?

GENARO. Sí. Mañana no tendremos necesidad de vuestro silencio, y quedareis en libertad.

PECCH. (*Con cólera.*) Eso jamás.

GENARO. (*Con orgullo.*) Desde cuándo no se me obedece en todo lo que mando? (*A varios contrabandistas.*) Llevad al capitán por el camino mas corto: hacedle salir por lo alto de la roca. (*Saluda á Escipión con la mano.*) Hasta luego.

BOLBAYA. (*A Escipión que se aleja.*) Que no tardeis mucho. (*Váse Escipión escoltado por muchos contrabandistas por el fondo á la derecha.*)

## ESCENA IX.

*Dichos, excepto Escipión.*

PECCH. Pues no es nada la ocurrencia! enriquecer á nuestro enemigo, hacer de él un señor, un noble...

GENARO. Todo eso haré de él si se conduce noblemente; si no, nó.

PECCH. Pues bien; nada de eso será. Prefiero romper este papel. (*Quiere hacerlo.*)

GENARO. Imprudente! y si pudiera salvarnos á todos?

TODOS. Cómo! (*Llaman á la puerta izquierda.*)  
GENARO. Silencio: no has oído ruido de fusiles?  
VOCES. (*Dentro.*) Abrid!  
GENARO. Quién llama?  
VOCES. (*Dentro.*) Cazadores calabreses!  
PECCH. Habrán cerrado la posada.  
GENARO. (*A los contrabandistas.*) Adentro; llevaos á ese hombre. (*Designa á Bolbaya y le amenaza.*) Como digais ó hagais la menor cosa que pueda comprometernos, daos por muerto.  
BOLBAYA. (*Vivamente.*) No despegaré los labios: descuidad. (*Sale con los contrabandistas.*)  
SOLDAD. (*Dentro llamando con los fusiles.*) Abrid pronto en nombre del Rey.

## ESCENA X.

GENARO.—PECCHION.—CAZADORES CALABRESSES.

GENARO. (*Abriendo.*) Ante el nombre de S. M. se abren todas las puertas. (*Entran los soldados.*)  
GENARO. Venís muchos?  
SARGENT. Bastantes.  
GENARO. Siento deciros que tengo muy pocas provisiones.  
SARGENT. Con que tengais las suficientes para nuestro comandante, que se ha rendido de fatiga al subir la montaña, no se necesitan mas.  
GENARO. Quién es vuestro comandante?  
SARGENT. Ahí está. (*Aparece el Duque de Pópoli por la puerta izquierda apoyado en dos lacayos y precedido de otros con hachones.*)  
GENARO. (*Aparte.*) El Duque de Pópoli!  
DUQUE. En dónde estamos?  
PECCH. En la mejor posada de la montaña.  
DUQUE. Calla! es esto una posada? sois vos el amo?  
PECCH. No señor. Soy un viajero.  
DUQUE. Dónde está el posadero?  
GENARO. A las órdenes de V. E.  
DUQUE. Genaro! Está de Dios que hoy te encuentre en todas partes. Recuerdo ahora que esta mañana me dijiste que tenías una posada.  
GENARO. Quiere V. E. un vaso de rom? es el único refresco que puedo ofrecerle.

DUQUE. (*Tomando el vaso.*) Con mucho gusto. (*Lo bebe.*)

GENARO. También yo recuerdo que cuando esta noche me separé de vos, os dirijíais hacia la Piedra Negra. Se llevó á cabo la expedición? (*Los soldados y los lacayos salen por la izquierda.*)

DUQUE. La famosa expedición que para mayor seguridad habia yo dirigido... de lejos?

GENARO. Efectivamente.

DUQUE. Era de un éxito seguro... si hubiera ido... aquel cobarde.

GENARO. No se habrá atrevido.

DUQUE. Mientras estábamos en la Piedra Negra, recibí otro parte noticiándome que habian visto á Marco-Tempesta dirigirse hacia estos sitios. Pero no temas: toda nuestra tropa se ha situado al rededor de las rocas.—Ya he descansado, y me marchó dejándote para que estés tranquilo, una veintena de soldados.

GENARO. (*Aparte.*) Cielos!

PECCH. (*Bajo.*) Estamos perdidos!

GENARO. (*Al Duque.*) Por qué os vais tan pronto, monseñor?

DUQUE. Porque me esperan en Nápoles, y tengo que pasar antes por mi palacio de Pescara para dar algunas órdenes...

GENARO. (*Como asaltado de una idea.*) Qué magnífico palacio posee V. E. Mucho me alegraría de volverlo á ver.

DUQUE. Ya te he dicho que tengo que dar mañana una fiesta, y por cierto que aun no tengo hechos preparativos ningunos.

GENARO. (*Bajo á Pecchion.*) Nos hemos salvado. (*Alto al Duque.*) Y se apura V. E. por tan pequeña cosa?

DUQUE. Pues no me he de apurar? Estoy tan agoviado con el peso de los negocios públicos, que no me dejan un momento libre para dedicarlo á los placeres... y, mira tú... tengo, como quien dice, que improvisar un sarao. Quisiera que hubiese concierto...

GENARO. Concierto!

DUQUE. Pero habrá que renunciar á ello, pues me faltan artistas.

GENARO. No hay en el mundo ni puede haberlo personaje mas afortunado que V. E. Justamente tengo en mi posada al nuevo director del teatro de San Cárlos: el eminente y celeberrimo maestro Bolbaya.

DUQUE. De veras?

GENARO. Hace poco que llegó con parte de su nueva compañía, á la que encontré en la montaña, poco despues de haber sido completamente saqueada por...

DUQUE. Marco-Tempesta...

GENARO. Es posible.

DUQUE. No debes dudarlo.

GENARO. El resultado es que al verlos no se les conoceria, pues no les han dejado nada; los vestidos que tienen son los que les entregaron los ladrones.

DUQUE. Cosa mas rara!

GENARO. Justamente tiene V. E. delante al señor Pecchion, (*Pecchion hace una cortesia.*) segundo bajo cantante: (*Como en confianza al Duque.*) Quién lo habia de reconocer con esa facha?

DUQUE. (*Conteniendo la risa.*) Tienes razon.

GENARO. Pues los demas están lo mismo: en la situacion en que se encuentran, creo que el señor Bolbaya se dará por muy satisfecho, si logra el alto honor de hacer debutar á sus cantantes bajo la alta proteccion de V. E.

DUQUE. Seguramente que con ella nada podria faltarles.

GENARO. Si quisiérais, podrian instalarse esta noche misma en vuestro palacio...

DUQUE. Hay allí justamente teatro, decoraciones, trajes magnificos...

GENARO. Y mañana tendrian lugar de ensayar lo que habian de cantar á la noche.

PECCH. (*Con voz de bajo.*) Sí, monseñor, será preciso ensayar.

GENARO. De este modo, cuando mañana se reuna la brillante concurrencia que teneis convidada, se hallará con una sorpresa que ninguno aguarda y que ni aun puede sospechar.

PECCH. (*Con voz grave.*) Es cierto, monseñor.

DUQUE. Sabes, Genaro, que eres el hombre de mas re-

cursos y de mas imaginacion que conozco?  
(*A Pecchion.*) Hacedme el obsequio de decir á vuestro director que tenga la bondad de venir á verme.

PECCH. (*Con voz profunda.*) Con mucho gusto , monseñor.

GENARO. (*En voz baja á Pecchion.*) Has entendido?  
(*Pecchion contesta que sí con la cabeza.*)

## ESCENA XI.

Dichos.—BOLBAYA.

EL DUQUE se ha sentado.—*A su lado está de pie GENARO.*—  
PECCHION se acerca á la puerta de la caverna.

PECCH. (*En alta voz.*) Ilustre maestro, S. E. el señor duque de Pópoli quiere hablaros. (*Aparece Bolbaya en la puerta del fondo, que cierra Pecchion tan luego como aquel sale.*)

GENARO. Acercaos, señor Bolbaya.

BOLBAYA. (*Los mira á los tres con admiracion.*) Qué decis?

GENARO. (*A media voz: le enseña un puñal.*) Cuidado con lo que hablas.

BOLBAYA. (*Aparte y temblando.*) No tengo gota de sangre en el cuerpo.

GENARO. (*Al Duque.*) Aqui le teneis. (*A Pecchion.*) Decid á los demas individuos de la compañía del señor maestro que se presenten. (*Sale Pecchion por la puerta derecha.*)

## ESCENA XII.

BOLBAYA.—GENARO.—EL DUQUE.

BOLBAYA. (*Aparte mirando á Pecchion.*) Mi compañía! qué está diciendo?

DUQUE. (*Examinando á Bolbaya.*) Me parece que he visto esta noche al señor en el presbiterio. (*Con desconfianza á Genaro.*) Es efectivamente el Director?

GENARO. (*Bajo al Duque.*) Efectivamente.

DUQUE. (*A Genaro bajo.*) Hay en todo esto una cosa que no veo muy clara: ese hombre viajaba con Marco-Tempesta.

BOLBAYA. (*Aparte asustado.*) Qué estarán ahí cuchicheando sin dejar de mirarme?

GENARO. Iria con él sin conocerle.

DUQUE. Puede ser! (*A Bolbaya con desconfianza.*) Con que sois vos director de ópera, eh?

BOLBAYA. (*Temblando y mirando á Genaro.*) Quién yo?...

DUQUE. (*Bajo á Genaro.*) Se turba. (*A Bolbaya.*) Y os habeis reunido á vuestra nueva compañía?

BOLBAYA. (*Aparte queriendo comprender lo que le preguntan.*) Mi compañía? (*Alto al ver un ademán de Genaro.*) Sí, sí: mi compañía! (*Aparte.*) Estoy sudando!

DUQUE. (*Bajo á Genaro.*) Decididamente ese hombre me inspira sospechas. (*Alto á Bolbaya.*) Teneis vuestro pasaporte?

BOLBAYA. Sí, monseñor. (*Sacándole con otros papeles de una cartera.*) Héle aquí, y además mi título y mi privilegio.

DUQUE. (*Examinándolo.*) Es verdad!... están en regla... y sin embargo...

GENARO. (*Viendo la puerta derecha que se abre.*) Ahí está la compañía.

### ESCENA XIII.

Dichos.—PECCHION y todos los CONTRABANDISTAS, saliendo por la segunda puerta de la izquierda, mientras GENARO se acerca á la primera de la derecha, haciendo señas á ZERLINA para que salga.

BOLBAYA. (*Al ver los contrabandistas.*)

Qué miro!

PECCH. (*Amenazándole.*)

Si no callas,

te clavo este puñal.

BOLBAYA. De miedo y de espanto las carnes me tiemblan: por qué, cielo santo, aquí llegué á entrar?

Si salgo con vida  
de aquesta guarida,  
al ángel custodio  
ofrezco un cirial.

DUQUE. Será muy brillante  
mi fiesta mañana,  
pues estos cantantes  
lucida la harán.

Quizá no soporte  
alguno en la corte  
el triunfo que espero  
con ellos lograr.

GENARO. Fortuna traidora,  
depon tus rigores,  
permite que ahora  
se logre mi plan.

Así que en palacio  
estemos despacio,  
las telas y el oro  
podré rescatar.

PECCH. Y CORO. Fortuna traidora  
depon tus rigores,  
permite que ahora  
se logre su plan.

Así que en palacio  
estemos despacio,  
las telas y el oro  
podremos sacar.

ZERLINA. Inquieta, anhelante  
mi voz le llamaba,  
muy lejos mi amante  
sin duda estará.  
La suerte ha cambiado;  
pues ya mi adorado  
eterno cariño  
me ha vuelto á jurar.

DUQUE. (A Genaro.)  
Enséñame los cómicos.

GENARO. (Designando al Duque los principales con-  
trabandistas.)

Mirad aquí el tenor:  
el bajo: el caricato...  
coristas estos son.

DUQUE. (*A Genaro.*)  
Sus fachas no me gustan.

GENARO. (*Al Duque.*)  
Artistas son de pró,  
que cantan de improviso  
cualquiera particion;  
el fá grave dá este:  
(*Los señala.*)  
estotro sube al dó.

DUQUE. Con todo, tengo dudas...

GENARO. No sé por qué razon.

DUQUE. Y cuál música cantan?

GENARO. La cómica, señor;  
por eso sus figuras  
grotescas algo son.

DUQUE. (*Mirando alrededor.*)  
No encuentro prima donna.

GENARO. (*Enseñándole á Zerlina que está á la derecha.*)

Miradla: es como un sol.

DUQUE. (*Mirando con el lente.*)  
Por cierto que es muy bella.  
(*A Bolbaya.*)

Y tiene buena voz?

BOLBAYA. (*Trémulo y mirando á Genaro.*)  
No... si...

GENARO. (*Interrumpiéndole.*)  
Cuando canta  
dá envidia al ruiñeñor.

DUQUE. (*A Bolbaya.*)  
Venid acá, maestro...  
Estais temblando...

BOLBAYA. Ay Dios!

DUQUE. Oír quiero á la dama,  
que soy conocedor.

BOLBAYA. (*Trémulo.*)  
No sé si puede...

DUQUE. (*Sospechoso.*)  
Cómo?

GENARO. (*Rápidamente á Zerlina.*)  
Al punto, una cancion.

ZERLINA. (*A Genaro.*)  
Qué dices?

GENARO. (*A Zerlina.*)

Yo lo mando.

BOLBAYA. (*Al Duque.*)

Quizá no se halle en voz!...

DUQUE. Probemos.

BOLBAYA. (*Decidiéndose.*)

Pecho al agua:

cantad en *mí menor*.

GENARO. (*A Zerlina.*)

Cantad, pues!

ZERLINA. (*Ap.*)

Si me oye,

quizá vendrá Escipion.

DUQUE. Silencio!

GENARO.

Callen todos.

BOLBAYA. Valedme, santo Dios!

ZERLINA. Gallardo marinero

que cruzas por el mar,

regresa pronto al puerto,

tu amante aguarda ya.

Ah! ah! ah! ah!

ah! ah! ah! ah!

Todos. Muy bien, divinamente:

magnífica es su voz.

(*Oyese un gran ruido dentro.*)

## ESCENA XIV.

*Dichos.—CAZADORES calabreses saliendo de la puerta del fondo y trayendo á Escipion preso.*

CORO DE CAZADORES CALABRESES.

Vigilando entre las rocas  
deslizarse á un hombre vimos,  
y al momento supusimos  
que seria criminal:  
sin perder un solo instante,  
silenciosos le seguimos,  
le alcanzamos, le cogimos.

regresamos, y aquí está.

ZERLINA. (*Aparte mirando á Escipion.*)  
Ah! qué miro!

GENARO. (*Id.*)

Oh contratiempo!

DUQUE. Qué feliz casualidad!

(*A los soldados.*)

Por el hombre que habeis preso  
rico premio se os dará.

(*A todos.*)

Cayó al fin Marco-Tempesta.

ZERLINA. (*Aterrada.*)

El Tempesta?

DUQUE.

A no dudar.

ESCIPION. (*Indignado.*)

Yo Tempesta!!!

CORO.

Es el bandido

tan valiente y tan audaz?

ZERLINA. No es posible: os engañais.

DUQUE. (*Le da un papel.*)

No me engaño, no: tomad!

Las señales son exactas:

no me puedo equivocar.

(*Mirando alternativamente á Escipion y al papel.*)

ZERLINA. Qué he leído! Santos cielos!

CORO. Es Tempesta, claro está.

ZERLINA. (*Leyendo.*)

«Desde ayer va por el monte  
disfrazado de oficial.»

DUQUE. (*Enseñando á Escipion.*)

Ya lo veis.

ZERLINA. (*Leyendo.*)

«Tambien sostiene  
ser del Etna el capitan.»

ESCIPION. (*Fuera de sí.*)

Esa astucia tan villana

voy al punto á descifrar.

No soy Marco: es...

TODOS.

Quién?

GENARO. (*Al oído de Escipion.*)

Calla!

lo has jurado,

ESCIPION. (*Se detiene y dice aparte á Genaro.*)

Atroz juramento  
mi voz encadena,  
y á ser me condena  
tu víctima aquí:  
mas yo te prometo  
lavar esta afrenta,  
venganza sangrienta  
tomando de ti.

ZERLINA. Atroz desengaño  
me abrumba de pena,  
y á ser me condena  
por siempre infeliz.  
Huyó la ventura,  
huyó la esperanza  
de dulce alianza:  
ay triste de mí!

GENARO. (*Mirando á Escipion.*)

Formal juramento  
su voz encadena,  
y á ser le condena  
la víctima aquí:  
si firme se muestra  
y guarda el secreto,  
librarle prometo  
y hacerle feliz.

BOLBAYA. No entiendo una jota  
de aqueste embolismo:  
quisiera ahora mismo  
estar en Pekin.

El miedo me ahoga,  
pues todos me miran.  
Sin duda conspiran,  
ay Dios, contra mí!

DUQUE. Mi nombre en la corte  
será celebrado,  
pues ya aprisionado  
Tempesta está aquí.  
La suerte propicia  
en todo me asiste,  
que nada resiste  
al genio, al ardid.

SOLDADOS CALABRESES. La suerte sus dones

nos ha dispensado,  
pues ya aprisionado  
Tempesta está aquí.  
Daránnos sin duda  
el premio ofrecido  
por este bandido,  
terror del país.

Los CONTRABANDISTAS. La farsa del canto  
al Duque seduce,  
y nécio conduce  
el lobo al redil:  
las telas y el oro  
que nuestros hallemos,  
llevarlas debemos  
muy lejos de allí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

El teatro representa un rico salon circular en el palacio del Duque de Pópoli: tres puertas en el fondo que abren una terraza con un balcon que cae sobre el mar. Puertas laterales. En primer término á la derecha, una mesa, sobre la cual se encuentra un bandolin napolitano y papeles de música: á la izquierda un velador con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

GENARO.—PECCHION.—BOLBAYA Y LOS CONTRABANDISTAS  
*vestidos con ricos trajes, y sentados alrededor de una mesa espléndidamente servida colocada detrás de las puertas abiertas del fondo.*

CORO. *(Adelantándose y bajando á la escena.)*

El vino rancio  
de grato olor,  
conforta el ánimo,  
le dá valor.

Llenad las copas,  
llenad, llenad.

Por nuestra empresa  
brindad, brindad!

*(Levantando las copas.)*

Que el plan osado  
tenga buen fin,  
y rescatemos  
todo el botín.

GENARO. Alzad las copas,  
al Director  
de nuestra orquesta  
gloria y honor.

Todos. (*Haciendo un grande estrépito, aplaudiendo el brindis que repiten.*)

Brabo, brabísimo.

Al Director  
de nuestra orquesta  
gloria y honor.

(*Beben.*)

BOLBAYA. (*Dando las gracias forzadamente.*)

Gracias, mil gracias.

(*Aparte y con furor reconcentrado.*)

Refrito estoy,  
pues de estos pillos  
juguete soy.

CONTRAB. El vino rancio  
de grato olor  
conforta el ánimo,  
le dá valor.

Llenad las copas,  
llenad, llenad:

por nuestra empresa  
brindad, brindad,

(*Beben.*)

## ESCENA II.

Dichos, y BEATRIZ que al final del coro aparece en la puerta del fondo.

BOLBAYA. Qué veo!

GENARO. Es Beatriz.

BOLBAYA. (*Corriendo hacia ella y abrazándola.*) Ay Beatriz de mi vida, qué te trae por aquí?

BEATRIZ. (*Enseñando una carta.*) Esta carta que he recibido.

BOLBAYA. (*Tomándola y abriéndola.*) Dámela. (*Lee.*) »Marchad inmediatamente al Palacio Pópoli, en donde vuestro amigo Francisco, de vuelta de un largo viaje, desea abrazaros.»

BEATRIZ. (*Con alegría.*) Será cierto!

BOLBAYA. (*Continuando.*) »Ademas ha jurado cederos la parte de la herencia que le dejó su padrino el señor cura. »No sé qué significa esto... (*A los demás.*) Podriais explicármelo?

GENARO. Eso es un nuevo incidente que complica el enredo de la ópera que vamos á representar.

BOLBAYA. (*Colérico.*) Pero ¿en dónde diablos se esconde ese Francisco? Por qué no se presenta?

GENARO. Si teneis empeño en ello, descuidad que se presentará para el desenlace. (*Volviéndose á los suyos.*) Vamos, basta de broma: al negocio. (*A Beatriz.*) Puesto que te han dado una cita en este palacio, puedes entretanto recorrerlo á tus anchas, pues nadie te lo impedirá en atencion á que somos sus amos desde anoche. (*Sale Beatriz: los contrabandistas en el fondo al derredor de la mesa apuran las botellas: Genaro trae á Pecchion en primer término.*)

GENARO. Has encontrado ya lo que buscábamos?

PECCH. Si; las mercancías, las joyas, las piastras... Ya lo tenemos dispuesto todo: al recoger esos efectos, he tomado en el cajón de la mesa del Duque estos papeles viejos.

GENARO. (*Examinándolos.*) Qué ve! Son cartas y papeles del anterior ministro á quien desterraron por traidor... Perfectamente: ya las leeremos despacio. Ocupémonos ahora de llevar nuestro botín.

PECCH. Tiempo nos sobra, porque hasta la noche no llega el Duque y los convidados á la fiesta.

GENARO. No le hace; llevadlo ahora y ocultadlo en las ruinas inmediatas al mar... en Torre-Vecchia.

PECCH. Y dónde nos embarcaremos?

GENARO. No está ahí el falucho *Etna*?

PECCH. Es cierto.

GENARO. Será preciso que no estorben la operacion los soldados que custodian al capitán.

PECCH. (*Con misterio y bajo.*) No hay cuidado: ya he tomado mis precauciones.

GENARO. Cómo?

PECCH. El gobernador mandó encerrar al que cree Marco-Tempesta, en el torreón, que lo mismo

que ese mirador, domina al mar. (*Señala al fondo.*) Ha entregado la llave al sargento Sampietri recomendándole que ni él ni los tres soldados que le acompañan, pierdan de vista un solo instante la puerta de la prision... Así es que ninguno de los cuatro ha permitido aceptar nada de nuestro festin. Pero como no se rehusa un trago de buen rom, y yo llevaba lleno el frasco... de aquel que tenemos preparado...

GENARO. Sí, del que ofrecemos á los aduaneros cuando queremos que cierren los ojos.

PECCH. Del mismo: bebieron los centinelas y ya tienen lo que necesitan.

GENARO. Esta bien: manos á la obra; voy á daros el ejemplo. (*Los contrabandistas que estaban en el fondo se llevan la mesa y se van todos, cerrando las puertas. Preludio de música. Escipion sale por una puerta lateral.*)

### ESCENA III.

ESCIPION solo.

Podré creer á mis sentidos? Ha sido ella, ella la que ha abierto la puerta de mi prision? Por qué se fué? Por qué no esplicarme lo que causa mi tormento? Es que ha obrado por compasion solamente. Ya no me ama! ama á otro... á otro, Dios mio!

#### ROMANZA.

Despues de largos años  
soñando la ventura,  
cruels desengaños  
inundan de amargura  
mi triste corazon.

Fué una ilusion!

Mi amor ha desdenado,  
amor puro y constante;  
é ingrata ya ha olvidado  
por otro nuevo amante  
mi férvida pasion.

Fué una ilusion!

## ESCENA IV.

ESCIPIÓN.—ZERLINA, *entrando con timidez.*

ESCIPIÓN. Aquí se acerca.

ZERLINA. (*Aparte y deteniéndose.*) Qué desengaño! Cómo había yo de creer que ese hombre es un bandido.

ESCIPIÓN. Os causo miedo?

ZERLINA. Sí.

ESCIPIÓN. Y sin embargo me habeis dado la libertad.

ZERLINA. (*Con emoción.*) Yo no sé cómo ha sido... me acerqué á los soldados para pedirles permiso de hablaros, y no me respondieron... estaban dormidos... cosa mas rara!... El sargento tenía en su mano la llave de la prision: se le cayó al suelo... la recogí... y sin querer... abrí la puerta.

### DUO.

ZERLINA. Salvando á un prisionero  
conozco que hago mal:  
no importa, ya estais libre:  
podeis luego marchar.

ESCIPIÓN. Traidora! te apresuras  
á darme libertad,  
tan solo por quedarte  
en brazos de un rival.

ZERLINA. Rival! qué es lo que dices?  
mi hermano es nada mas.

ESCIPIÓN. Tu hermano! Justo cielo!  
repítelo: es verdad?

ZERLINA. Genaro, que mi dicha  
procura con afán,  
y á vos por ser quien sois,  
mi mano niega ya.

ESCIPIÓN. Qué escucho!

ZERLINA. Y me prohíbe  
os vuelva á ver jamás.

ESCIPIÓN. (*Con amargura.*)

Y vos cedéis sin pena!

ZERLINA. Sin pena!!!

ESCIPIÓN. (*Con acento de reconvención.*)

Si!!!

ZERLINA. (*Vivamente.*)

Callad.

(*Después de un momento de lucha, y como no pudiendo resistir, dice.*)

Por más que el decirlo

me cueste rubor,

el pecho ya estalla

de pena y de amor.

Mas vete, bien mío,

que tiemblo por tí;

es fuerza que al punto

te ausentes de aquí.

ESCIPIÓN. Delicia suprema,

divino rubor,

al fin ha estallado

tu pecho de amor.

No temas, bien mío,

no tiembles por mí,

que soy inocente

y digno de tí.

ZERLINA. Y si eres digno de mí, si eres inocente, por qué te han preso?

ESCIPIÓN. Perdóname si ahora no puedo decirlo, pues me lo impide un juramento sagrado. (*Se ha acercado á la mesa, y escribe rápidamente.*)

ZERLINA. (*Después de una ligera pausa.*) Te creo; tengo necesidad de creerte.

ESCIPIÓN. (*Le dá un pliego cerrado.*) Toma, entrega á tu hermano este papel; en él está mi justificación.

ZERLINA. Alguno se acerca; vete, vete.

ESCIPIÓN. Adios! adios!

ZERLINA. Adios! (*Se vá Escipión por la puerta derecha.*)

## ESCENA V.

ZERLINA.—GENARO, *entrando por el fondo.*

GENARO. Ya están hechos todos los fardos... solo falta que se los lleven. (*Vé á Zerlina.*) Ah! me esperabas! Ya estoy aquí: qué tenias que decirme?

ZERLINA. (*Tímidamente.*) Quería hablarte de... de... no me atrevo á pronunciar su nombre.

GENARO. Ya lo sé... Y qué mas?

ZERLINA. Ahora comprendo por qué me dijiste anoche que no volviese á pensar en él... es un contrabandista.

GENARO. Si no fuera mas que eso, podria disculpársele.

ZERLINA. De veras?

GENARO. Hay tantos que se dedican al contrabando por no poder dedicarse á otra cosa?

ZERLINA. Verdad que sí?

GENARO. Y que volverian al buen camino si pudieran!

ZERLINA. Eso es lo que yo digo; por lo mismo se debe ser con ellos indulgente.

GENARO. (*Conmovido.*) Qué buena eres! Cuando tengas un marido, riquezas y un título, no hables nunca de tu hermano, nunca; pero piensa en él algunas veces!

ZERLINA. (*Con timidez.*) Siempre, siempre... Pero... y él?...

GENARO. Voy ahora mismo á su prision para libertarle.

ZERLINA. Tú? Será posible!... Con que no es un crimen hacer que se escape un contrabandista?

GENARO. No.

ZERLINA. Ni proporcionarle los medios para su fuga?

GENARO. Al contrario.

ZERLINA. (*Con alegría.*) Pues entonces, no te tomes ese trabajo, Genaro.

GENARO. Por qué?

ZERLINA. Porque es cosa hecha; se ha ido.

GENARO. (*Ap.*) Cielos!

ZERLINA. Yo misma acabo de darle libertad.

GENARO. Qué oigo! corramos.

ZERLINA. (*Deteniéndole.*) Ya está lejos... Pero tranquili-

zate. Me ha prometido al marchar hacerse hombre de bien, para ser digno de mí y de tí. Y en prueba de ello, hé aquí la carta que te ha escrito.

GENARO. (*Tomando la carta.*) Qué me podrá decir? (*Lee aparte.*) «Sé que Zerlina es hermana vuestra, »no importa; la amo, y soy amado de ella. »Ayer, sin saber nada, me la ofrecisteis en casamiento; yo os la pido hoy.» (*Deteniéndose y con emoción.*) Bien, muy bien, capitán Escipión! A pesar del daño que nos causa su fuga, juro, si no me matan, hacerlos duques de Pópoli. (*Lee aparte.*) «He cumplido mi juramento; pero »comprendereis la necesidad que tengo de justificar me á los ojos de todos y á los de mi »amada.» (*Ap.*) Pobre jóven... tiene razon! (*Continuando.*) «Sin embargo, no lo haré sino »cuando vos no corrais peligro alguno: apresuraos á partir, y procurad estar lejos del palacio al dar las doce.» Marcharme... marcharme... eso no es posible ahora.

ZERLINA. (*A Genaro con admiracion.*) Genaro! Genaro, en qué piensas?

GENARO. En que tu amante es un excelente mancebo... no, es un diablo en persona, á quien quiero hacer rico y poderoso, y que parece ha tomado á empeño causarme todo el daño posible. (*Se oye hablar dentro.*) Qué oigo! La voz de monseñor. Vete, vete.

ZERLINA. No me voy... te encuentro no sé cómo; parece que te has vuelto loco.

GENARO. Y sobran motivos para estarlo... Pero vete, repito, vete, y si no, no te caso.

ZERLINA. (*Dando un grito.*) Ah! me voy. (*Sale corriendo por la izquierda.*)

## ESCENA VI.

GENARO.—EL DUQUE, *entrando por la derecha.*

GENARO. (*Ap.*) Qué contratiempo! Llega antes que se lleven los fardos. (*Alto.*) Sois vos, señor Duque? No os esperábamos hasta la noche.

DUQUE. He debido anticipar mi venida por razones políticas y personales... Por cierto que al pasar por la antesala, única pieza que he atravesado, lo he visto todo revuelto; no hay cosa en su sitio.

GENARO. Ya se ve! Como os habeis metido de improviso en una casa en que se va á representar una comedia... y en medio de gentes que se preparan á daros una sorpresa...

DUQUE. Tienes razon. Y dime, saldrá todo bien?

GENARO. Quizá no salga á vuestro gusto: pero en fin, se procurará que sea lo mejor que se pueda.

DUQUE. Y cómo se llama la ópera?

GENARO. Ali-Babá.

DUQUE. Ya; *Ali-Babá, ó los cuarenta ladrones.*

GENARO. Pues!

CORO. (*Dentro.*)

Abrid las carpetas;

romped las gabetas,

coged sin tardanza

el rico botín.

Llenad los bolsillos,

las capas, justillos;

deprisa, que el amo

vendrá luego aquí.

DUQUE. Qué estan diciendo de romper las gabetas y de llenarse los bolsillos?

GENARO. (*Aparte.*) Somos perdidos.

DUQUE. (*Con bondad.*) Están ensayando?

GENARO. Justamente, ensayando.

DUQUE. Se les oye perfectamente.

GENARO. Demasiado.

DUQUE. (*Quitándose la espada y poniéndola sobre la mesa de la izquierda.*) Me agrada ese coro: hay entusiasmo... pero no van unidos.

GENARO. Cada uno de ellos hace cuanto puede separadamente. (*En este momento atraviesa Pecchion por la galería seguido de muchos contrabandistas cargados de fardos y cajas que se llevan por la parte opuesta. Genaro, asustado, enseña el Duque á Pecchion, y le hace señas de que se retire. Pecchion pasa vivamente y cierra la puerta; durante este juego de escena, el Duque, que se ha quitado la espada, se vuelve bruscamente en el momento en que se cierra la puerta.*)

DUQUE. (*Vivamente.*) Qué era eso?

GENARO. (*Con sangre fría.*) Nada, nada.

DUQUE. Voy á verlos.

GENARO. (*Interponiéndose para que no entre por la puerta de la derecha.*) Oh! permitidme; no entreis, monseñor.

DUQUE. Por qué?

GENARO. Porque les estorbaríais.

DUQUE. (*Insistiendo.*) Qué disparate! les haré algunas observaciones sobre el compás. (*A pesar de la resistencia de Genaro, abre la puerta de la derecha: todo ha desaparecido.*)

GENARO. Ya han concluido y se han marchado.

DUQUE. (*Bajando la escena.*) Lo siento... pues me habría divertido un poco.

GENARO. Vuestra repentina llegada les estorbaria sus trabajos. . es seguro que ni ellos ni yo esperábamos que volviéseis tan inesperadamente, lo cual, sin duda, anuncia alguna nueva combinacion diplomática.

DUQUE. Lo has acertado. Aunque ya era media noche cuando llegué á Nápoles, ya se sabia allí esta mañana la prision de Marco-Tempesta... El ministro, al darme la enhorabuena, me ha anunciado que enviaria hoy mismo á este palacio á un comisario régio, á fin de asegurarse de la identidad y de la persona del preso, con orden terminante de trasladarlo á Nápoles esta noche... Esto va á trastornar mi fiesta y te confieso que no me hace gracia ninguna.

GENARO. Menos le hará á él.

DUQUE. Me he adelantado al comisario con objeto de tener una entrevista con el preso, y sacarle, ofreciéndole el perdón...

GENARO. (*Vivamente.*) De veras?

DUQUE. (*Continuando.*) Que no se le concederá, los papeles y los títulos con cuya publicacion me ha amenazado...

GENARO. (*Con frialdad.*) No los entregará.

DUQUE. Qué sabes tú!

GENARO. (*Idem.*) Dice á todo el que le quiere oír, que ayer en la Piedra Negra le tendisteis una emboscada; y añade que el honor y la lealtad son cualidades indispensables para ser Duque de Pópoli.

DUQUE. Habrase visto mayor insolencia!

GENARO. Apoyándose en lo dicho, ha resuelto despojaros de vuestro título y dárselo á otro.

DUQUE. Y quién es ese otro?

GENARO. Vuestro sobrino, á quien, segun dice, está seguro de encontrar.

DUQUE. Eso lo veremos; inmediatamente y sin que pueda hablar con nadie, dispondremos que se le juzgue y condene por un consejo de guerra.

## ESCENA VII.

*Dichos.*—BEATRIZ corriendo.

BEATRIZ. Monseñor, Marco-Tempesta que me habia prometido devolverme á mi Francisco...

DUQUE. Qué le ha sucedido?

BEATRIZ. Se ha escapado!

GENARO. (*Al Duque.*) Qué os decia?

BEATRIZ. Se ha encontrado abierta la puerta de su prision.

DUQUE. Y los soldados que le custodiaban?

BEATRIZ. Allí estan.

DUQUE. Pero esto es un sueño...

BEATRIZ. Eso es justamente lo que tienen, porque los cuatro duermen á mas y mejor. Y lo singular

es, que acaba de llegar un comisario régio para llevarse al preso.

DUQUE. Y qué ha hecho?

BEATRIZ. Mandar á los dependientes de justicia que le acompañan, que vayan al punto á la playa, tomen una lancha y se dirijan al falucho Etna, que está anclado á un cuarto de legua de aqui, y le digan al capitan Escipion que venga inmediatamente con los quince soldados y marineros que le tripulan.

DUQUE. Perfectamente. Marco-Tempesta no puede estar lejos.... quizás no haya salido aun del palacio; de modo que cercándolo bien, no tiene escape y se le volverá á prender.

BEATRIZ. Prenderle... si es el diablo en persona. ¿Podeis concebir que preso y todo haya saqueado parte del palacio?

DUQUE. (*A Genaro.*) Qué disparate... como si eso fuese posible estando vosotros aqui.

GENARO. Pues!

BEATRIZ. Sin embargo, lo ha hecho, y nadie lo ha apercibido.

DUQUE. (*Inquieto.*) Han penetrado en mi gabinete?

BEATRIZ. Me parece que sí.

DUQUE. Cielos! Es que en él habia papeles muy importantes, y entre ellos unas cartas del ministro que cayó en desgracia.

GENARO. (*Hace un gesto de alegría; lleva la mano al bolsillo donde colocó los papeles, y dice al Duque á media voz.*) ¿Cómo vos, hombre de estado, que sois la misma prudencia, conservais esas cartas?

DUQUE. Como no se puede adivinar lo que ha de suceder, y podria volver al poder... Pero voy á asegurarme por mi mismo. (*Váse por la derecha.*)

BEATRIZ. Sí, vamos.

GENARO. (*Deteniéndola.*) Quédate; tengo que hablarte.

BEATRIZ. De Francisco?

GENARO. Sí: ese Francisco á quien deseas volver á ver...

BEATRIZ. Dónde está, dónde está?

GENARO. Está... (*Ve á Pecchion que entra por el fondo.*) Luego te lo diré... espera un instante.

## ESCENA VIII.

BEATRIZ, *en el fondo del teatro.*—GENARO.—PECCHION.

GENARO. (*Corriendo hácia Pecchion.*) Y los compañeros?

PECCH. (*En voz baja.*) Se han marchado á los subterráneos de la Torre-Vecchia, en donde se ocultarán hasta que des tus órdenes.

GENARO. (*Id.*) Bien: ve á reunirte con ellos.

PECCH. Y el capitán Escipión?

GENARO. Se ha escapado.

PECCH. Y su falucho?

GENARO. Es preciso que nos apoderemos de él.

PECCH. Brabo! eso me gusta.

GENARO. Manda que uno se coloque de vigía en las rocas que dominan el mar.

PECCH. Qué mas?

GENARO. En cuanto vea pasar quince soldados y marineros, quince, que los cuente, os vais en lanchas hácia el falucho, que cuando mas tendrá á bordo algun grumete; os apoderais de él, colocais allí nuestros tesoros y os haceis á la vela al instante.

PECCH. Y tú?

GENARO. Me esperareis mar adentro, y nadando ó como pueda, me reuniré con vosotros.

PECCH. Pero cómo has de poder escaparte de aqui?

GENARO. Eso queda á mi cuidado. En cuanto esteis en el falucho, y os hagais á la vela, disparad un cañonazo, que me servirá de aviso parairme.

PECCH. Por qué no te vienes ahora?

GENARO. Porque tengo que terminar algunos asuntos de familia... casar á mi hermana y asegurar la suerte de esa excelente muger. (*Señalando á Beatriz.*) Vete, vete. (*Pecchion se vá por el fondo izquierda.*)

BEATRIZ. Mi suerte? no es eso lo que deseo, sino volver á ver y abrazar á mi Francisco.

GENARO. Le verás y le abrazarás... pero eso no le basta á él. (*Desde que se fué Pecchion, se sentó en la mesa de la izquierda y está escribiendo.*)

BEATRIZ. (*Admirarla.*) Qué está haciendo? (*Se vuelve y vé á Bolbaya que entra por el fondo izquierda.*) Ah! el señor Bolbaya.

## ESCENA IX.

GENARO, á la izquierda. — BEATRIZ, delante, ocultándole á Bolbaya y mirándole.

BEATRIZ. Qué pálido está!

BOLBAYA. Ya se fueron todos: Ya estoy libre... y puedo respirar... uf!!! (*A Beatriz.*) Sabes que el que esta mañana estaba aqui... Genaro...

BEATRIZ. Qué?

BOLBAYA. Genaro era... (*Ve á Genaro en la mesa y continua balbuciente de terror.*) una persona muy recomendable, digna del mayor respeto, y á quien reverencio, y venero... y...

GENARO. (*Se levanta y se acerca á Bolbaya.*) Qué hora es?

BOLBAYA. (*Temblando.*) Está parado mi reloj.

BEATRIZ. Todavía no son las doce; no han dado aun. (*Vá al fondo, mira y vuelve.*)

GENARO. (*A Bolbaya á media voz.*) No han dado aun... Y tu juramento?

BOLBAYA. Yo no he dicho nada.

GENARO. Ibas á decirlo... Pero desdichado de tí, si pronuncias una sola palabra: porque aquí como en Nápoles, como en la montaña, no faltará quien te deje muerto de una puñalada.

BOLBAYA. (*Tapándose la boca.*) Seré mudo como una piedra.

GENARO. (*A Bolbaya.*) Hé aquí un documento en el cual he puesto mi nombre... necesito que pongas el tuyo.

BOLBAYA. Un documento?

GENARO. Que asegura á Beatriz toda la herencia del cura.

BEATRIZ. (*Con emocion.*) Y vos, quién sois?

GENARO. Quien os repite que esta noche vereis á vuestro Francisco.

BOLBAYA. (*Aparte.*) Si pudiera escapar.

GENARO. (*Sacando una pistola.*) Quieto: escribe! escribe!

BOLBAYA. Con mucho gusto. (*Se pone junto á la mesa y escribe.*)

## ESCENA X.

BOLBAYA *en la mesa de la izquierda.*—EL DUQUE *entrando por la derecha.*—GENARO *junto á Bolbaya.*—BEATRIZ *á la derecha.*

DUQUE. (*Colérico.*) Cartas, papeles, todo se lo han llevado... si llego á encontrar á ese infame Marco-Tempesta... si estuviera aquí todavía....

GENARO. (*Vivamente á Bolbaya que vuelve la cabeza en este momento y apuntándole con la pistola.*) Firma, pronto. (*Al Duque.*) Está.

DUQUE. (*A Genaro bajo y mirando á Bolbaya.*) Sería acaso ese...

GENARO. (*En voz baja.*) Ese es... por unas señas falsas le equivocamos con el otro.

DUQUE. (*Id.*) No fui yo quien se equivocó, porque recordarás que á la primera ojeada me pareció sospechoso ese hombre.

BOLBAYA. (*Levantándose y con el papel en la mano, á Genaro.*) Tomad. (*Se encuentra frente á frente con el Duque que ha pasado á la izquierda, el cual le apunta con una pistola.*)

DUQUE. Alto ahí!

BOLBAYA. (*Asustado.*) Jesucristo!

DUQUE. Al fin caiste en nuestro poder, Marco-Tempesta.

BEATRIZ. (*Admirada.*) Él!

GENARO. (*Amenazándole por el otro lado y cogiendo el papel que tiene en la mano.*) Atrévete á negarlo.

BOLBAYA. (*Entre dos pistolas.*) No... si... no... yo soy!

BEATRIZ. (*Admirada.*) Lo confiesa!

DUQUE. Entrégame al punto los papeles con que me has amenazado... y en cuanto lleguen los que aguardamos...

## ESCENA XI.

Dichos.—ZERLINA.—Despues ESCIPION.

ZERLINA. (*Corriendo.*) Ya están aquí!

DUQUE. Quiénes?

ZERLINA. Los soldados y marineros del Etna con Escipion. Ya adivinaba yo que era inocente... todos ellos le han reconocido por su capitan.

DUQUE. Vaya una noticia! de sobra lo sabiamos.

GENARO. (*Viendo entrar á Escipion, mira su reloj y dice aparte.*) Las doce!

DUQUE. Venid, capitan Escipion; os esperábamos con impaciencia!

ESCIPION. Todos estamos á las órdenes de V. E. (*Vé á Genaro.*) Cielos! aquí todavía... y yo que he venido...

GENARO. Para abrazar á vuestra esposa... Vuestra es... yo os la doy. (*Empujándolo hácia Zerlina.*)

ESCIPION. (*A Genaro bajo.*) Me la dais... cuando vengo...

GENARO. Ya hablaremos luego de eso... Entretanto abrazad á vuestro tio.

TODOS. (*Asombrados.*) Su tio!

GENARO. Su tio, que no representa ya á la rama primogénita de los Pópoli... porque el heredero directo de ella, sois vos.

TODOS. El!

GENARO. (*Sacando los papeles del bolsillo.*) Como lo prueban estos títulos y esta partida de casamiento.

DUQUE. Eso es una infame suposicion.

GENARO. Es la verdad, monseñor. (*A Escipion.*) Por entregaros estos papeles á vos únicamente, ha retardado Marco-Tempesta su marcha, arriesgando para ello su vida. (*Escipion estrecha la mano de Genaro.*)

DUQUE. (*Mirando á Bolbaya y poniéndole la mano en el hombro.*) En premio de su heroica accion se le ahorcara.

BOLBAYA. Qué barbaridad!

DUQUE. Yo me encargo de ello!

BOLBAYA. No se merece la pena de que V. E. se incomode por eso.

GENARO. (*Al Duque.*) No os aconsejo que lo hagais.

BOLBAYA. Bendita sea tu boca.

GENARO. Se ha apoderado de vuestra correspondencia; así me lo ha asegurado.

BOLBAYA. (*Vivamente.*) Si señor; se lo he asegurado.

GENARO. Si le haceis prender... si no nos ayudais á hacerle escapar... dirá el sitio en que están los papeles.

BOLBAYA. (*Vivamente.*) Ya se vé que lo diré, que lo gritaré, que lo...

DUQUE. Que se marche: que se vaya.

BOLBAYA. Eso es justamente lo que deseo.

GENARO. Voy á acompañarle. (*Abraza á Zerlina y se dirige á la puerta con Bolbaya.*) Marchemos.

ESCIPIÓN. (*Que ha subido la escena, baja rápidamente.*) Es imposible.

Todos. Imposible.

ESCIPIÓN. El comisario régio ha cercado todas las salidas de este pabellon, en donde tengo orden de aguardarle.

DUQUE. (*En la puerta izquierda.*) Hacia este lado hay tropa.

BEATRIZ. (*En la derecha.*) Y hacia este.

BOLBAYA. (*En el fondo sobre el mirador.*) Tambien hay en la lancha que está anclada al pié del mirador.

GENARO. (*Aparte y reflexionando.*) Una lancha!

DUQUE. Es imposible salir, mientras estén ahí.

BEATRIZ. No hay medio de escapar.

GENARO. Poco á poco, y no nos aturdamos. (*A Escipión.*) No han venido mas que vuestros soldados y marineros?

ESCIPIÓN. No.

GENARO. Cuántos son?

ESCIPIÓN. Quince.

GENARO. Bien. (*A Zerlina.*) Canta.

ZERLINA. Yo!

GENARO. Sí, al instante.

ZERLINA. Pero...

GENARO. Canta, te digo; es preciso que atraigas con tu voz á los soldados, antes de que entre aquí el comisario.

ZERLINA. Por selvas y prados  
saltando vallados  
á un ciervo persigue  
audaz cazador.  
Siguiendo la pista  
le pierde de vista,  
y pronto cansado  
se entibia su ardor;  
mas no se detiene  
el bello animal  
que, astuto, del riesgo  
se quiere salvar.  
Ah! ah! ah! ah!  
ah! ah! ah! ah!

(Durante este tiempo han ido entrando los quince soldados, dos á dos y tres á tres, por diversos puntos, y se van acercando. Genaro se vuelve de pronto, y quieren retirarse: pero él les detiene, y les hace seña de que pueden aproximarse mas: así lo hacen, y mientras aquel, que ha pasado detrás de los soldados, monta sobre la baranda que hay en la galeria y se desliza hácia el mar, desapareciendo al momento en que Zerlina concluye las vocalizaciones. El Duque se aproxima á Bolbaya, y enseñándole los soldados que están distraídos oyendo á Zerlina, le dice aparte:)

DUQUE. Supuesto que es forzoso  
os dé la libertad,  
huid, Marco-Tempesta!  
(Se oye un cañonazo en el mar.)

ESCIPION. Tempesta es libre ya!

DUQUE. (Hablando.)  
Corred tras él, y matadle.

(Los soldados salen precipitadamente por los lados con el Duque y Bolbaya.)

GENARO. (En el mar: su voz se oye á lo lejos.)

Adios, Zerlina mia;  
duquesa al fin serás.  
No temas por tu hermano,  
que rey soy de la mar.

*(Escipion, Zerlina y Beatriz, que se habian asomado á la puerta, bajan á la escena.)*

ESCIPION.	{	Salvóse nuestro hermano,
ZERLINA.		y surca ya la mar.
	{	Oh Dios Omnipotente,
		bendigo tu piedad!

FIN DE LA ZARZUELA.

Aprobada para su representacion por el Censor de Teatros, señor don Antonio Ferrer del Rio, el 7 de julio de 1858.